

Juan Gil

**La saga del Anticristo en la España de los siglos
XVI y XVII: de la Teología al Teatro**

Por más que todos los siglos estén marcados por presagios apocalípticos, conviene reconocer que españoles y portugueses tuvieron profundas razones para albergar un profundo pesimismo escatológico en la cúspide de su asombrosa expansión, y precisamente a causa de ella. Con la cristianización de África, de América, de la India o de la China parecía estar a punto de cumplirse la profecía de Jesús: “Cuando se predique el evangelio a todo el mundo, entonces llegará el fin”. La creciente debilidad del imperio romano- en realidad, el Sacro Imperio Romano Germánico- era otra de las señales evidentes de la inminencia de las postrimerías. Se hablaba mucho, sí, del emperador mesiánico que en el ocaso del mundo habría de poner freno a la tiranía del Islam; pero esa victoria final no llegaba, antes bien, algunos monarcas que se dejaron arrastrar por las profecías sufrieron en África humillantes derrotas (Carlos I de España [el nuevo Carlo-magno]) o incluso la muerte en el campo de batalla (Sebastián de Portugal [el nuevo soldado de Cristo]). La división lacerante de la propia Cristiandad venía a acrecentar todavía más la aprensión de los espíritus agoreros. Es comprensible que, entre las inevitables desgracias y las no menos fatales alucinaciones –hasta se implantó en Múnster por el terror el milenio igualitario-, un visionario como Lumnio profetizara que el fin del mundo podría ocurrir en 1569¹; y Lumnio no fue un caso único.

No nos vamos a detener en analizar estas quimeras, algunas de ellas suficientemente estudiadas. En cambio, parece conveniente estudiar la insistente atención que se prestó en la Península Ibérica a la figura del Anticristo a finales del s. XVI y principios del s. XVII. Los cambios de centuria dieron y dan pábulo abundante a vaticinios y

* Quiero agradecer muy sinceramente a la Prof. Mercedes de los Reyes la muy valiosa ayuda que me ha prestado en este trabajo, ofreciéndome amplia bibliografía sobre la figura del Anticristo en el teatro. Siento especialmente que no me haya sido accesible la tesis doctoral de F. Gilbert sobre “La figure de l’Antéchrist dans l’Espagne du Siècle d’Or”, leída en la Universidad de Toulouse-Le Mirail en diciembre de 1995.

¹ *De extremo Dei iudicio et Indorum uocatione libri II*, Amberes, 1567, p. 4.

quimeras², pero quizás estos temores, que otras veces fueron mucho más explícitos, no se reflejaron en la Teología y en el drama con tanta intensidad como entonces. No cabe olvidar que por aquellos años se forjó también el vaticinio bastante chapucero del Pseudo-Malaquías, con el único fin de alargar la serie de Papas –y, por ende, la vida del mundo- al menos durante dos o tres siglos más.

Para registrar un interés parecido por los Novísimos hemos de retrotraernos muchos años en el tiempo. Es verdad que en la Edad Media religiosos y seglares escribieron a más y mejor sobre el Anticristo: baste citar los tratados de Adson (s. X) y del canónigo de Praga Matías von Janov († 1394) o poemas en lenguas vernáculas como *Le tournoiement de l'Antéchrist* de Huon de Méri (h. 1235), *Von dem Antichriste* y *Der leken Spiegel* (principios del s. XIV) y la *Battaglia d'Antichristo* de fray Jacopone da Todi. No es menos obvio que el tema fue tratado una y otra vez en las representaciones litúrgicas medievales: p.e., el muy elaborado *Ludus de Anticristo* (también conocido como “Tegernseedrama”, por el lugar donde se conserva el manuscrito), de la segunda mitad del s. XII, nos presenta las dos caras de la moneda -el triunfo total y el fin abrupto del impío-, dentro de una glorificación del emperador alemán, a quien sirven todos los reyes de la tierra³; en 1298 y 1303 se hicieron en Cividale “representaciones de Anticristo et aliis et demum de adventu Christi ad iudicium”⁴. También es evidente que, en el ocaso del s. XV, volvió a planear sobre las conciencias el fantasma del fin del mundo con la consecuente revitalización de la saga del Anticristo: así lo demuestran el libro de Breidenbach, traducido e impreso en Zaragoza, los tratados anónimos sobre el Hijo de

² Los calculos de las 49 semanas danielinas, contadas a partir de la Navidad, hicieron coincidir según el cómputo jeronimiano el fin de la sexta edad y el año 500. A partir de entonces, todo cambio de siglo fomentó expectativas escatológicas. En un fin de centuria (los años inmediatamente anteriores a 1900) tuvo lugar *La guerra del fin del mundo*, tan excelentemente novelada por M. Vargas Llosa.

³ Cf. para una visión de conjunto sobre los dramas escatológicos K. Young, *The Drama of Medieval Church*, Oxford, 1933, II, p. 361ss. Utilizo para el *Ludus de Antichristo* la edición de K. Langosch, *Geistliche Spiele. Lateinische Dramen des Mittelalters mit deutschen Versen*, Berlín, 1957, p. 178ss.

⁴ E. Wadstein, *Die eschatologischen Ideengruppe: Antichrist, Weltsabbat, Weltende und Weltgericht*, Leipzig, 1896, p. 54. Sobre las profecías medievales en torno al nacimiento del Anticristo cf. *ibidem*, p. 83ss.

Perdición (el incunable *Der Antichrist*)⁵ o el drama *Des Endkrist Vassnacht*. Pero esta literatura no puede competir ni en amplitud ni en erudición con los volúmenes que le fueron dedicados en la Península Ibérica a finales del s. XVI y principios del s. XVII, prueba evidente – si ello hiciera falta – de la profundísima angustia que se sintió a la sazón por la suerte del universo. No de otra manera proliferan hoy en los Estados Unidos libros y hasta series televisivas ("Left Behind") dedicadas a narrar los estertores de la Creación, estimuladas por la catástrofe inaudita del 11 de setiembre y adecuadas a la singular escatología de John Nelson Darby (en cuya trama sorprende ante todo "the Rapture": los elegidos serán arrebatados al cielo de repente, sin tener que sufrir la persecución postrera del Maligno)⁶.

1. Anticristo y luteranismo

La figura del Hijo de Perdición cobró en aquella centuria un especial relieve por otra razón importante: los luteranos, siguiendo la tradición hussita⁷, lo identificaron de manera genérica con el Papa; a su vez, y en justa correspondencia, los católicos consideraron a Lutero como el precursor más inmediato del Anticristo. Antes de entrar en materia, pues, no estará de más detenernos con brevedad en los luteranos españoles, que propagaron también ellos esta idea denigratoria de la Sede romana. El que por primera vez llamó Anticristo al Pontífice fue, si no me engaño, el sevillano Juan Ponce de León⁸, quemado por la Inquisición en 1559. Después, Cipriano de Valera, al final de la segunda edición (1599) de su *Tratado del Papa*, adjuntó una *Tabla en la cual muy clara y sucintamente se declara quién sea el Anticristo y por qué marcas se puedan conozer*⁹, en la que se burló de los papistas, que todavía esperaban al Anticristo y creían en patrañas antiquísimas, como que había de nacer en Babilonia de raza judía, crecer en Coro-

⁵ Utilizo la reproducción facsimilar del incunable (Estrasburgo, h. 1489) publicada en Hamburgo, 1979 (*Der Antichrist und die Fünfzehn Zeichen vor dem Jüngsten Gericht*).

⁶ Cf. Nancy Gibbs, "Apocalypse Now" en la revista *Time* del 19 de agosto de 2002, vol. 160, n° 8, p. 41ss. Debo esta referencia a mi antiguo discípulo el Prof. B. Pozuelo.

⁷ E. Wadstein, *Die eschatologischen Ideengruppe*, p. 110s.

⁸ Cf. N. Castrillo Benito, *El "Reginaldo Montano": primer libro polémico contra la Inquisición española*, Madrid, 1991, p. 376.

⁹ *Los dos tratados, del Papa y de la Misa*, Reformistas antiguos españoles VI, Madrid, 1851 (reimpr. Barcelona, 1982).

zaim y otras lindezas por el estilo. Muy al contrario, arguye Valera, “nosotros dezimos que el Anticristo es ya venido”. En efecto, todas las señas que dio Daniel del Hijo de Perdición convienen al Sumo Pontífice: 1º: “el reino del Papa comenzó en la quarta monarchía, quando el imperio romano estaba debilitado”, hacia el 606; 2º “el Papa tiene su asiento en Roma, la qual es una ciudad entre dos mares, Tirreno y Adriático, y tiene siete montes y el reino sobre los reyes de la tierra” (Dan. 14,45). 3º De ser pequeño ha crecido sobremanera, ciñéndose con tres coronas (Dan. 7,8). 4º El Papa es blasfemo quando se dice vicario de Cristo y, por consiguiente, Dios en la tierra (Dan. 7,25, II Thess. 2,4). 5º Es idólatra, al sancionar el culto a las imágenes (Dan. 11,38). 6º Es sacrílego, al prohibir a los fieles la lectura de la Biblia. 7º Es soberbio, al hacerse llevar en la silla gestatoria (Dan. 11,36). 8º Es astuto, al servirse para sus fines de la confesión auricular. 9º Es hipócrita, porque intitulándose “siervo de los siervos” reina como un rey de reyes (I Tim. 4,2-3). 10º Es menospreciador del matrimonio, 11º avaro, 12º tirano y perseguidor de los santos, 13º engañador y 14º lleno de impiedad. Son ideas comunes a todos los reformadores y de las que se hará portavoz el mismísimo rey de Inglaterra, como veremos. Pero ya es hora de dedicar nuestra atención a los teólogos ortodoxos de la Península Ibérica.

2. Los primeros tratadistas: Domingo de Soto y Benito Perer

Sería tan prolijo como improcedente pasar revista a todos los teólogos españoles que hablaron del Anticristo en alguna de sus obras. Por tanto, me limitaré a espigar las aportaciones primerizas que me parecen más interesantes, entre las cuales destacan sobre todo las de dos autores: Domingo de Soto y Benito Perer.

En su magno comentario a las *Sentencias* de Pedro Lombardo¹⁰, Domingo de Soto tocó de manera sucinta algunas cuestiones relativas al Anticristo, poniendo de relieve su condición de “contrario de Cristo”, de antagonista de Dios. El dominico se ocupó primeramente de las señales de las postrimerías. Una vez cumplidos los dos requisitos previos –la evangelización de todo el mundo y la separación del

¹⁰ *In quartum Sententiarum commentarii, tomus secundus*, Medina del Campo, 1581, p. 494ss (dist. 46, quaest., 1 art. 1 y sobre todo 2). Es la segunda edición del tratado, que se publicó por vez primera en 1579.

imperio romano-, tendrá lugar la revelación del Anticristo y el desencadenamiento del demonio, atado desde la Redención hasta el fin de la Creación (así han de entenderse los 1.000 años de que habla el Apocalipsis). Lo desafortunado de la persecución que se hace a un cristianismo exhausto por hallarse ya en el ocaso del universo se debe a tres razones: Dios quiere probar a los elegidos y aquilatar su virtud, refinándola como el oro; por su parte, los demonios emplean todas sus fuerzas en esta su última posibilidad de pervertir al hombre; Dios, a su vez, hace alarde de los suyos para premiarlos después de la victoria; pero tampoco se olvida de sus fieles y les envía a Elías para reconfortarlos antes de la batalla postrera.

El Anticristo, por exceso y plenitud de maldad, será la cabeza de todos los impíos, de la misma manera que Cristo fue la cabeza de la Iglesia. Nacerá en Babilonia (fue su figura Nembrot que, al edificar la torre de Babilonia, declaró la guerra a Dios), según algunos de la tribu de Dan y desde luego de la cuna más vil del mundo. Estando todavía en el vientre de su madre el espíritu del diablo se apoderará de él, igual que Cristo fue concebido por obra del Espíritu Santo. Lleno de soberbia, se elevará sobre cuanto se llama dios, pregonará la falsedad de Cristo y su fe y se proclamará verdadero Mesías. Estará dotado del arte de engañar, aunque no tenga poderes sobrenaturales: sus milagros serán fingidos, si bien contará con el apoyo de la corte demoníaca. A los vanos y crédulos los engañará con honores, a los miedosos con tormentos. Por fortuna se abreviarán sus días, reduciéndose su reinado a tres años y medio. Precederá a su venida la predicación de Elías. Por fin, le dará muerte San Miguel arcángel en el monte de los Olivos.

Los biblistas se ocuparon del Anticristo al tratar de desentrañar las profecías veterotestamentarias, sobre todo los vaticinios de Daniel y los arcanos del Apocalipsis. Entre los portugueses sobresale por derecho propio Héctor Pinto, profesor de Sagrada Escritura en la Universidad de Coimbra. Su excelente comentario a Daniel, sin embargo, no sirve para nuestro propósito: por estar muy ceñido a la letra, no ofrece una biografía continuada del Hijo de Perdicción¹¹.

¹¹ La primera edición es la de Coimbra, 1579. Utilizo la segunda: *Hectoris Pinti Lusitani Hieronymiani in Sacra Theologiae Doctoris, Sanctae Scripturae in Conimbricensi Academia Professoris, in diuinum uatem Danielelem commentarij*, Coimbra (ex officina Antonij à Mariz), 1582. El tratamiento del Anticristo comienza en f. 229v.

Justo el polo opuesto es la exégesis danielina del gran jesuita valenciano Benito Perer¹². Perer es ante todo un humanista¹³, que escribe en un latín elegante, terso, claro, lo que lo convierte en el más ameno y culto de todos nuestros biblistas del siglo XVI, mas también es un hombre que vive muy atento a las novedades del mundo, ese mundo que se ensanchaba cada vez más gracias a viajes estupendos. Las cartas anuales que vienen del Japón relataban maravillas, y Perer, curioso, no se resiste a la tentación de insertar una de estas fábulas en su obra para apoyar la realidad de las metamorfosis, tanto de hombres (el hombre lobo) como de fieras: un animal terrestre, semejante a un perro, de piel suavísima y carne muy sabrosa, en un determinado momento se dirige a la orilla del mar y, nada más chapotear en el agua, se convierte en pez (p. 170); no es difícil reconocer en esta descripción a las focas, confundidas en tierra con canes. Otras digresiones, como la paradoja de la templanza del Perú equinoccial (p. 128), provienen de relaciones orales de jesuitas venidos del Nuevo Mundo, quizá del propio José de Acosta¹⁴. No menos atractivas le resultan a Perer las Ciencias Naturales; así, se fija en el drástico experimento que hizo Mattheolus con las salamandras (= salamanquesas), arrojándolas a la lumbre, para probar si, como decía la leyenda, eran inmunes al fuego: se achicharraron, claro está (p. 94). Maravilla sería que un jesuita se privara del placer de criticar a un dominico: Perer se da el gusto de devolver las acerbas críticas que había formulado a la Compañía Melchor Cano (p. 428) e incluso de señalar veladamente que Cano había plagiado a Juan de Vergara, “homo Hispanus et Toletanae ecclesiae canonicus atque in omni subtilitate chronologiae et historiae solertissimus atque doctissimus”, quien demostró, junto con Rafael Volaterrano y Luis Vives, la falsedad de las pretendidas Antigüedades de Juan Annio de Viterbo, otro dominico (p. 338).

¹² *Commentariorum in Daniele prophetam libri sexdecim*, Romae, in aedibus populi Romani, apud Georgium Ferrarium, 1587. Perer dedicó el libro al cardenal Carafa, muy devoto de la Compañía. 172/93. Habla extensamente del Anticristo a partir de p. 431ss., al explicar la última parte de Dan. 11, que en parte cuadra a Antíoco Epífanés, en parte a Antíoco y al Anticristo y en parte sólo al Anticristo.

¹³ Y, como valenciano, sólo tiene palabras de alabanza para Luis Vives, a quien llama “cives meus” (p. 494).

¹⁴ Es una reflexión recurrente en las obras de Acosta: cf. p.e. las referencias que da s.v. ‘Zona tórrida’ en la *Tabla de las cosas más principales* de su *Historia natural y moral de las Indias* (Sevilla, 1590).

Como no podía ser menos, dado el carácter de su autor, el libro de Perer sobrepasó ampliamente los límites de un simple comentario; mas gracias a su propia exuberancia nos proporcionó una historia integral de las Postrimerías y de su tremendo protagonista, desde un punto de vista muy tradicional y a veces poco crítico con las fuentes (o, si se quiere, demasiado complaciente con tradiciones poco fundadas).

El Anticristo es contrario a Cristo en muchas cosas: Cristo fue formado en el útero de una virgen por obra del Espíritu Santo, el Anticristo lo será en el útero de una mujer impurísima y fornicadora por obra del diablo; y hasta ha de ser engendrado quizá por un demonio íncubo, pero con semen humano (p. 432). Cristo está lleno del Espíritu Santo, el Anticristo estará poseído por el demonio; Cristo es humilde, muy soberbio el Anticristo; Cristo plácido y afable, como el cordero o la paloma; el Anticristo feroz y truculento, como el león, la serpiente y el dragón; Cristo piadoso y devoto, el Anticristo blasfemo; Cristo simplicísimo, el Anticristo hipócrita en grado superlativo; Cristo nace en la paz, el Anticristo en la guerra atroz que pondrá fin al imperio romano. Sin embargo, el Anticristo es un hombre verdadero: no existe en él una unión hipostática con Satanás; lo que dice San Jerónimo de que todo el diablo habitará corporalmente en el Anticristo se debe entender en el sentido de que el diablo lo dominará totalmente, tanto en su cuerpo como en su alma, a la manera que se dice que habita en los energúmenos, pero sin vejarlo ni atormentarlo, sino enseñándole unos secretos de la naturaleza que sobrepasan la inteligencia común de los hombres (pp. 231-32, 433). Ha de nacer en Babilonia, de la tribu de Dan (p. 436): como el rey de Babilonia afligió a los hebreos con grandísimas calamidades, de la misma manera el Anticristo perseguirá y atormentará al pueblo cristiano; y como la tribu de Dan puso su campamento al aquilón, de la misma manera Babilonia, la patria del Anticristo, se encuentra al aquilón en comparación con Judea (p. 437). Casa con el Anticristo el vaticinio de Jacob (Gen. 49,17ss.), que explica Perer por extenso.

Siendo un hombre despreciable, adquirirá poder, atrayéndose a muchos que lo seguirán y predicarán, extendiendo su fuerza. Se ganará a los hombres de diversas maneras: a los virtuosos, afectando piedad, pues será un redomado hipócrita; a los curiosos, mostrándoles su conocimiento de las cosas ocultas y su don de adivinación; a los

judíos, fingiendo ser su Mesías; a los codiciosos, prometiéndoles tesoros; y a todos en general, haciendo milagros simulados tanto él como sus secuaces (p. 438ss.).

Atacará el imperio romano, dividido ya en diez reinos, y vencerá a tres reyes, los de Egipto, África y Etiopía, mientras los otros siete le rendirán pleitesía, de suerte que dominará casi todo el mundo (p. 442). Dueño de un vasto imperio, se empinará a tan gran soberbia que se proclamará dios y se sentará en el templo, es decir, en las iglesias cristianas, pues el templo de Jerusalén estará todavía destruido; y enviará mensajeros por toda la tierra para exaltar su poder y magnificencia (p. 447) y venerará a Maozim, esto es, al diablo (p. 449). En un punto importante se aparta Perer de la opinión común: a su juicio, la profecía deja en la penumbra si el Anticristo ha de ser un hombre castísimo o mujeriego: las dos cosas le cuadran (p. 448-49)¹⁵.

El tiempo que se ha de prolongar su reinado es inseguro; lo único cierto es que desde la persecución de los cristianos (o sea, desde la ablación del sacrificio [p. 472]), durará tres años y medio, plazo que abreviará Dios, apiadado de la tribulación de los justos (p. 469). También por 1.260 días (tres años y medio) saldrán en defensa de la Iglesia los dos testigos, Enoc y Elías (p. 455ss.), durante el torbellino de la persecución más cruel que jamás se haya abatido sobre los cristianos. La señal del Anticristo será “Niego el bautismo” o “Niego a Jesús” (p. 459). Se salvarán entonces los judíos que crean en la predicación de Elías, pero sólo los que estén escritos en el libro de la vida, que serán sin embargo la mayoría (pp. 461-62).

El Anticristo pondrá su tienda en Apadno, es decir, en el monte Sión o en el monte de los Olivos, desde donde Cristo subió al cielo (p. 451). Engañando como siempre, fingirá que ha muerto y ha vuelto a la vida; y después de la falsa resurrección, ante una muchedumbre infinita, subirá a la cima del monte de los Olivos y simulará que quiere retornar al cielo, mientras lo alzan por el aire los demonios disfrazados de ángeles. En ese punto y hora Cristo lo matará con el aliento de su boca (p. 452). Después de la muerte del Anticristo le quedan al

¹⁵ Pinto (f. 230r), aun advirtiendo la ambigüedad de la construcción (la negación podía afectar a las dos oraciones, o sólo a la primera), se había inclinado por aceptar la segunda interpretación.

mundo 45 días, para que puedan hacer penitencia los que hayan seguido al Anticristo (p. 473).

3. El Anticristo, según Nicolás Días

A finales ya del s. XVI un dominico portugués se sintió tan atraído por el misterio sobrecogedor de los Novísimos como subyugado por el efecto que producían en el vulgo los sermones sobre este tema. Nicolás Días († 1596)¹⁶, que así se llamaba el fraile, decidió escribir su libro en español para llegar al mayor número posible de lectores aprovechándose de la unión ibérica, de la que, al parecer, no fue un partidario demasiado entusiasta. Su *Tratado del juyzio final, en el qual se ballarán muchas cosas muy curiosas y prouechosas para la salud de las almas y recreación de los que las leyeren*, dedicado a D. Teotonio de Braganza, arzobispo de Évora, recibió tres impresiones: Salamanca, 1588; Madrid, 1595 y Madrid, 1599 (en los tórculos de Luis Sánchez a costa del librero Miguel Martínez)¹⁷. Era una materia, como dice en el prólogo, repleta de cosas notables, que podrían satisfacer la curiosidad y al mismo tiempo aprovechar a la enmienda y contrición del lector piadoso. Sus fuentes principales, según declara, fueron Santo Tomás y Domingo de Soto (p. 6): los dos, como no podía ser menos, dominicos.

El libro, por estar dirigido al gran público, carece de aparato erudito y expone con sencillez la historia de las postrimerías. El Anticristo “será de la generación de los judíos... Otros acrecientan que será del tribu de Dan... Será concebido y nacerá en pecado, y de algún incesto y sacrilegio grande”. Así como el Espíritu Santo descendió sobre la Virgen, el demonio descenderá sobre la madre del Anticristo, según afirma Ruperto Abad. Sin embargo, “todo esto no tiene otra autoridad ni prueba más de que el apostol S. Pablo le llama hombre de pecado y hijo de perdición”. “Sus padres serán viles y baxos”. Nacerá en Babilonia, la capital de los caldeos, como cabeza que es él de todos

¹⁶ Sobre el dominico cf. D. Barbosa Machado, *Biblioteca Lusitana*, Coimbra, 1966, III, pp. 491-92.

¹⁷ Los capítulos que nos interesan se encuentran en pp. 116-36: “De la venida del Antechristo al mundo, y que ha de ser cabeça de todos los malos”. “Del nacimiento y vida del Antechristo”. “De los engaños del Antechristo”. “De la gran persecución que el Antechristo ha de hazer a la Iglesia”. “De la muerte del Antechristo”. He manejado el ejemplar de 1599: Madrid, BN R/27015. Debe de haber algún error en Barbosa Machado, que registra ediciones de Madrid (1595) y de Valladolid (1599).

los malvados. Anidará en su corazón la soberbia, de suerte que dirá que es mayor que Dios, y “se sentará en el templo de Dios y se mostrará como si fuese Dios”. Los hombres, ciegos, creerán en él y los judíos lo recibirán por su Mesías. Hará grandes prodigios, aunque serán falsos y sólo aparentes. Poseerá grandes riquezas y repartirá muchas dádivas. Será asimismo doctísimo. Todo ello le servirá para engañar al mundo (a unos mediante la potencia concupiscible, a otros mediante la potencia irascible), atrayéndose a los tímidos con amenazas y doblegando a los fuertes con tormentos. Cuando se desaten las cadenas del demonio surgirá la última persecución de los fieles. El Anticristo juntará un gran ejército (Gog y Magog), perseguirá a los buenos y los obligará a adorar la imagen de la bestia. La tribulación durará sólo tres años y medio, el tiempo que duró la predicación de Cristo y ha de durar la predicación de Elías y Enoc. “El lugar donde ha de morir será, como dize S. Anselmo, en el monte Oliuete, de donde Christo nuestro señor subió a los cielos”. Muerto el Anticristo, el mundo permanecerá 45 días más, “para que los hombres hagan penitencia de sus pecados”: es el tiempo de seguridad y paz del que habla San Pablo. La razón por la que Dios ha de permitir que su Iglesia padezca semejantes males es “para manifestar a los hombres muy claramente la maldad del demonio... y también para mostrar cómo la virtud de los buenos, ayudada con la gracia y fauor del Señor, es muy grande y poderosa para resistir a todas las tentaciones del demonio”.

Dias no tiene grandes pretensiones de originalidad, pero sí está adornado de excelentes dotes como predicador. Su libro, muy curioso, acoge a veces tradiciones que carecen de fundamento, pero por lo general no se desvía del buen camino. Hay que tener en cuenta que se dirige a un público general: la edificación del lector es la meta última de la obra.

4. El Anticristo, según José de Acosta

En 1590, un año antes de su muerte, Acosta publicó en Roma su *De temporibus nouissimis libri quatuor*, dedicado al cardenal Agustín Valerio, obispo de Verona¹⁸. Según explicó el gran jesuita al purpura-

¹⁸ Romae, ex Typographia Iacobi Tornerij, MDXC, permissu superiorum. He manejado el ejemplar de Sevilla, B.U.S. 100/83.

do, dos razones justificaban la composición de este libro. En primer lugar, habían llegado a sus manos ciertos comentarios al Apocalipsis que contenían afirmaciones que le habían parecido nuevas; movido por la curiosidad, investigó más profundamente en el tema y, al leer los libros de los exegetas, antiguos y modernos, encontró que la opinión común tenía más fuerza de lo que se pensaba, motivo que le impulsó a poner por escrito el fruto de su esfuerzo personal, que podría agradar y aun ser útil a otros.

La segunda causa responde a una experiencia personal. Al escoger en Lima como tema de sus sermones el drama de los últimos tiempos y el Juicio Final, se dio cuenta el jesuita de que su predicación era seguida con más fruto por los fieles que cuando versaba sobre otras cuestiones¹⁹. La razón, como advirtió el propio Acosta, no puede ser más sencilla: las cosas que el propio Daniel llama admirables se oyen con más agrado, se recuerdan con más tenacidad y tocan con más vehemencia el corazón de los hombres que otras cualesquier, pues éstos, al oír el anuncio de tantas desgracias futuras, se percatan de su condición mortal y someten a examen la rectitud de su comportamiento en el tiempo presente. En definitiva, el pensar sobre la tragedia venidera nos hace más temerosos de Dios: según confesión del propio Acosta, la escritura del libro le produjo no poca edificación espiritual a él mismo.

Siguen unas breves advertencias metodológicas sobre un problema muy debatido incluso en el s. XX: el valor de la Escritura y de la Tradición. Antes de reprobear una interpretación, afirma Acosta, el lector ha de sopesar la autoridad en que se basa. En efecto, hay tradiciones orales que parecen remontar a los propios apóstoles, los cuales prefirieron muchas veces discutir de estas cuestiones difíciles de viva voz y no por escrito. La regla de oro para aquilatar el valor de las mismas es el consenso de la Iglesia católica; las tradiciones aprobadas por la Iglesia han de ser tenidas por apostólicas, aunque no estén escritas; las dudosas las puede aceptar o descartar cada cual a su arbitrio; las condenadas, en cambio, han de ser rechazadas de manera tajante, aunque cuenten con la autoridad de un padre de la Iglesia

¹⁹ De la misma manera, después del fatídico 11 de setiembre revivió en Estados Unidos el interés por el fin del mundo, según reconoció el pastor Ted Haggard, de Colorado Springs (*Time* citado [19 de agosto de 2002], p. 44).

(como Justino, Ireneo, Hipólito o Lactancio). A la hora de entender los textos se ha de evitar tanto la interpretación literal como la alegórica (al estilo de Orígenes). “Nos hemos de esforzar en no seguir vanas imaginaciones y fábulas y en no dejar de lado por negligencia lo que, según el sentido histórico, podemos tomar correctamente por algo que nos ha sido vaticinado”²⁰.

El libro segundo de la obra está consagrado al reino del Anticristo (nombre atestiguado por primera vez en el *Apocalipsis*), personaje que es llamado en la Biblia de muchas maneras: Hijo del Pecado, Hijo de Perdición, Bestia que asciende del abismo, León, Jabalí, etc. Pero por muchos nombres que tenga es un hombre, y no hombre y diablo en una persona, ni diablo sólo. Muchos exegetas han identificado al Anticristo con personajes históricos (Nerón, Mahoma²¹, Lutero); pero estos adversarios de la fe en realidad fueron sólo Anticristos en cuanto se portaron como contrarios a Cristo (p. 40). Nadie sabe cuál será su nombre: a Acosta (p. 43) no lo convencen las conjeturas hechas para explicar el valor del número 666, cifra enigmática que también podría estar relacionada con el 1.335 de Daniel (666 es la mitad menos 1,5). También se muestra escéptico sobre el linaje de la tribu de Dan que se atribuye al Anticristo. A su juicio, lo único seguro es que se atraerá a los judíos, enemigos de los cristianos, se proclamará el Mesías prometido y por ello observará la ley de Moisés (p. 45). Tampoco tiene más certeza lo que se dice de la patria, el nacimiento y la educación del Anticristo, aunque pueda aceptarse como probable la tradición antigua: esto es, su nacimiento en Babilonia como hijo de la fornicación (Acosta [p. 45] tacha de *fabula vulgaris* la tradición que le daba por padres una monja y un fraile), su educación oculta y su repentina revelación al mundo. Consta por Daniel que el Anticristo, nacido de ruín estirpe, será soberano de un reino que invadirá con malas artes. La duración de su tiranía (tres años y medio) es objeto de un detenido análisis por parte de Acosta. En efecto, Daniel alude a “tiempo, (dos) tiempos y la mitad de tiempo”, es decir, tres años y

²⁰ “Enitendum est ut neque commenta uana fabulasque sectemur neque uero quae secundum sensum historicum recte nobis praedicta accipere possumus, negligenter praetereamus”.

²¹ No al profeta, sino al Mahoma adorado en Cufa (Massalle) aplica el misterio J. L. Anania, *L'universale fabbrica del mondo, overo Cosmografia*, Venecia, 1582, p. 265, “computandosi Latinamente Magumectus”.

medio, pero después se refiere a “1.290 días”, un poco más de tres años y medio; San Juan habla también de “tiempo, (dos) tiempos y mitad de tiempo”, mas también de “1.260 días” –el tiempo que predicarán Enoc y Elías- o de “42 meses”. La diferencia entre el 1.290 de Daniel y el 1.260 de San Juan la explica Acosta (p. 47) por la diferencia del cómputo: Daniel comenzó su cálculo desde la ablación del sacrificio, San Juan desde la huida de la mujer al desierto. Aunque no haya certeza sobre si estos tres años y medio se han de empezar a contar desde el comienzo del reinado del Anticristo o desde su victoria sobre el mundo, Acosta se inclina por la segunda solución: las guerras con los reyes del Austro, de Egipto y de Arabia y su triunfo definitivo sobre todos los grandes de la tierra no se pueden comprimir en el breve plazo de tres años o cuatro (p. 48). En cualquier caso, el Anticristo hará guerra a los cuerpos y a las almas. Empezará por combatir a los hombres, sufriendo en esta lucha algunos reveses, y una vez que haya consolidado su poder en el mundo declarará la guerra a Dios. A partir de la ablación del sacrificio es cuando, a juicio de Acosta, comienzan los tres años y medio: a partir de entonces se entabla la segunda guerra, la guerra contra los santos, tribulación infinita que sólo podrá soportar el pueblo cristiano gracias a la brevedad de la persecución. Sobre el reino temporal del Anticristo y la explicación de Daniel, 7 existe conformidad admirable en los padres de la Iglesia, conformidad sólo explicable por tradición apostólica (con Daniel se ajusta Ap. 13); por tanto, hay que aceptar la historia danielina: diez reyes se repartirán el imperio romano, y contra ellos luchará el Anticristo, venciendo a tres. En cuanto a su pretendido reino espiritual, el Anticristo llevará las armas contra el propio cielo, se opondrá a Dios y se dirá Mesías, simulando que en él se han de cumplir todos los milagros que se dice hizo Cristo: proclamará su muerte y resurrección, así como su ascensión al cielo desde el monte de los Olivos al cumplir el número de años que predicó Jesús. Los judíos creerán en sus mentiras. Pero el Anticristo, lleno de soberbia, pretenderá todavía ser Dios y se sentará para ser adorado en el Templo, sea éste o no el de Salomón: es la abominación de la desolación que se alza en lugar sagrado (p. 57). Será hombre lujurioso, cruel, dios fingido e idólatra al tiempo, confesándose dios y adorando asimismo al diablo, como Cristo se había proclamado Dios e Hijo de Dios (así interpreta Acosta [p. 49] el texto de Daniel, 11). El diablo, desencade-

nado a los mil años (por mil años se entiende el tiempo que transcurre desde la primera Parusía hasta el fin del mundo [p. 60]), se introducirá en el Anticristo y demostrará su poder, acaudillando a Gog y Magog (quizá los pueblos del Septentrión y de Escitia) para combatir a los santos. El comienzo de la persecución será la ablación del sacrificio, es decir, la abolición de la misa y la destrucción de altares y templos, medida cuya crueldad bien pueden imaginar quienes hayan contemplado la rabia de la persecución desatada contra los católicos en Alemania o Inglaterra. Como Cristo envió a sus apóstoles, el Anticristo enviará predicadores por todo el mundo, pasando a cuchillo a los que no se quieran convertir a su fe; pero entre todos ellos sobresaldrá un pseudoprofeta, predicador máximo del Anticristo, quizá un obispo apóstata (p. 66): es la bestia segunda de Ap. 13 y el pseudoprofeta de Ap. 16 y 19 (p. 65); de esta suerte, a la Trinidad santa (Padre, Hijo y Espíritu Santo) se opone una trinidad diabólica (Satanás, el Anticristo y el pseudoprofeta). Tantos y tan grandes serán los milagros del Anticristo que incluso los elegidos correrán riesgo de ser seducidos y engañados. Ahora bien, se trata de milagros falsos y engañosos, pues el enemigo de la verdad no puede hacer milagros verdaderos. Acosta da una triple explicación a esta aporía: tal vez esos falsos milagros sean portentos como los que hacen los magos²² o tal vez cosas extraordinarias que en realidad no sean milagros, pero también cabe que sus milagros sean llamados falsos por estar realizados por obra del diablo (pp. 69-70). A la apariencia taumatúrgica del Anticristo se añadirá la simulación de santidad y la elocuencia, con la que podrá debatir con los santos y parecer que ha vencido en la discusión, incluso convenciendo a la tercera parte de las estrellas del cielo, es decir, de los cristianos (pp. 71-72). Para ganarse los ánimos hará muchas larguezas a los suyos y prohibirá el comercio a los demás. Con el fin de quebrantar a la Iglesia hará uso de una la crueldad implacable, tal cual nunca se ha visto.

El libro tercero está consagrado a la derrota del Anticristo y al triunfo de los fieles. En efecto, la Iglesia no será vencida, pues Cristo no la abandonará hasta la consumación del siglo (Matth. 28), conce-

²² Como dice Juan de Horozco y Covarrubias (*Tratado de la verdadera y falsa profecía*, Segovia, 1588, f. 33v), “el demonio claro y manifiesto es a todos que no puede hazer milagros, y los que haze son como inuenciones de juegos con sutileza de manos”.

diendo a los suyos gracia suficiente para poder derrotar la furia del diablo, incluso desatado. El cristiano contará entonces con dos apoyos, invisibles e internos unos y externos otros; internos, porque Dios infundirá a los fieles mayores dosis de fe, paciencia, caridad y sabiduría; externos, porque lucharán con ellos los ángeles, como el arcángel San Miguel; pero entre estos últimos auxilios el lugar principal corresponde a la Sagrada Escritura, el escudo y la espada contra las mañas del Anticristo y la prueba de su falsedad. Al igual que durante las primeras persecuciones de la Iglesia florecieron innumerables mártires y doctores, así también en los últimos tiempos aparecerán hombres santos que fortalecerán la Iglesia. Ante todo, predicarán Elías y Enoc, que no han gustado la muerte, sino que han sido trasladados al Paraíso hasta los últimos días del mundo según la tradición milenaria de la Iglesia (Justino, Ireneo, Hipólito, Tertuliano, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín), tradición que defiende Acosta de las objeciones de algunos contemporáneos (más concretamente, Jansenio [el obispo de Gante Cornelio Jansen]), declarándola dogma de fe (pp. 81-82). Su misión será doble: Enoc, un gentil, vendrá a anunciar la penitencia a los gentiles, Elías, un judío, a convertir los restos de Israel, a la manera tal vez de San Pedro y San Pablo cuando predicaron el evangelio de Cristo, el primero, al pueblo circuncidado, el segundo, a los gentiles (p. 91ss.). Elías convertirá no a todos los hebreos, sino a los que estén escritos en el libro de la Vida (p. 94ss.). Siguiendo a Santo Tomás y a Ricardo de San Víctor, Acosta (p. 96ss.) sincroniza los dos acontecimientos –reino del Anticristo y predicación de los dos profetas-, adjudicando a uno y otro la misma duración (tres años y medio²³). Elías y Enoc se enfrentarán con el Anticristo en la lucha postrera, y serán vencidos en la ciudad de Jerusalén, entendiéndose aquí “vencidos” en su acepción vulgar (es decir, prendidos, martirizados y muertos), aunque en realidad hayan obtenido la victoria celestial (p. 98). Sus cadáveres yacerán insepultos tres días y medio, al cabo de los cuales recibirán honores divinos ante la vista de todos; en cuanto al terremoto y la muerte de 7.000 hombres que seguirán a su ascensión al cielo, son palabras que encierran un misterio que Acosta no se atreve a desentrañar (p. 100). A la muerte de Elías y Enoc sigue poco

²³ En p. 97 se dice, al parecer por error, “annos illos duos cum dimidio” en vez de “tres”.

después la del propio Anticristo. A Acosta (p. 102) le complace, aunque no sea dogma de fe, la tradición antigua sobre la muerte del Hijo de Perdición que relatan San Anselmo y Santo Tomás. El Anticristo, lleno de soberbia, intentará superar en todo la gloria de Cristo; así, fingirá resucitar de entre los muertos y proclamará que va a subir al cielo y asentar su trono en la cúspide de la bóveda celestial; por esta razón pondrá su tienda en la cima del monte de los Olivos (“en Apadno entre dos mares”, había dicho Daniel 11,45: Apadno está cerca de Nicópolis, la antigua Emaús, como aclara San Jerónimo, en las primeras estribaciones de la sierra de Judea, que se alza y sube hasta el monte de los Olivos) y anunciará que allí va a cumplir su promesa. En ese momento se desatará la cólera de Cristo. De la muerte del Anticristo sólo consta que se producirá sin intervención humana: unos (Santo Tomás) piensan que le dará muerte el arcángel San Miguel, como dice Daniel (12,1, cf. 10,13 y 21), otros (San Anselmo, San Juan Damasceno) que lo matará el propio Cristo, siguiendo a San Pablo (II Thess. 2,2), opinión esta última que parece gustar más a Acosta (p. 105): la empresa bien merece el protagonismo de Cristo. “Expirará ya porque se vea atenazado de repente por algún dolorosísimo tormento, como Antíoco y Herodes, ya porque, sobre cogido al escuchar la voz terrible de arriba, no pueda soportar él, el más infeliz de todos los mortales, la presencia de tan gran majestad”²⁴. A su muerte toda su gloria se oscurecerá y no quedará descendencia del malvado, al seguirse de inmediato la ruina del mundo, y se oirá el cántico de los ángeles celebrando la gloria de Dios. El vaticinio de Daniel adjudica al Anticristo un reinado de 1.290 días, pero después añade: “feliz quien espera y llega hasta los 1.335 días”. Acosta (pp. 104-05) sigue la interpretación de San Jerónimo: los 45 días que sobran es el plazo que media entre la muerte del Anticristo y el Juicio Final²⁵, espacio de tiempo que San Anselmo otorga a la penitencia, Santo Tomás a la predicación y al arrepentimiento. Esta precisión cronológica, a pesar de lo que dice Jansenio, no contradice las palabras de Cristo sobre la imprevisibilidad del día del Juicio, dado que no

²⁴ P. 103: “Sive ergo immani aliquo cruciatu, ut Antiochus et Herodes, repente correptus, sive terribili[s] superne accepta uoce concussus infelicissimus omnium mortaliu[m] tantae maiestatis praesentiam non ferens expirabit”.

²⁵ Es doctrina común que acepta el también jesuita Francisco Ribera, *In librum duodecim prophetarum commentarii*, Salamanca, 1587, in Hos. § 26, p. 97.

se sabe si al mundo le queda todavía algo de tiempo después de haber transcurrido los 45 días.

El tratado de Acosta es un prodigio de claridad y concisión. Sin perderse en vanas divagaciones y podando la hojarasca romántica que enturbia las obras de Perer y de Maluenda, el jesuita selecciona todos los datos interesantes relativos a los Novísimos, los estructura en el orden debido y los analiza con suma inteligencia. Nunca pierde su mente el rumbo en un tema complicado que se presta a fantasías y disloques. En realidad, lo único que cabe reprocharle —si es que por ello se lo puede censurar— es que conceda demasiada importancia a las tradiciones orales, que eleva a la categoría de “apostólicas” cuando hay un consenso de intérpretes.

5. El Anticristo, según fray Tomás de Maluenda

Si alguien creyó que con el libro de Acosta se había cerrado el cupo de tratadistas españoles de los Novísimos, se engañó de cabo a rabo. En 1604 salió a la luz en Roma un tratado notable por muchos conceptos. Llevaba el título *De Antichristo libri undecim* y era su autor el dominico setabense²⁶ fray Tomás de Maluenda, que dedicó esta obra monumental, cuya composición le llevó doce años²⁷, al cardenal Albanense-Ascolano fray Jerónimo Bernier, de la misma Orden, el 29 de diciembre de 1604; en realidad, la había terminado mucho antes, pues la censura de fray Jerónimo Javierre data del 10 de enero de 1602, y para entonces el libro ya había sido revisado y aprobado por dos maestros en Teología dominicos²⁸. La monografía tiene, evidentemente, un propósito apologético que queda de manifiesto ya en el prólogo, en los capítulos II-III del libro I (p. 4ss.) y en el capítulo I del libro II (p. 61): librar al Papado de la tacha de Anticristo que le habían puesto los luteranos (los *Nouantes*, como los llama el dominico

²⁶ De la “dulce patria y de su suelo natal” se acuerda en p. 385 a, identificando el monasterio de San Martín, citado por Gregorio de Tours, con el monasterio Servitano, el primer convento de monjes en Hispania. He manejado el ejemplar de Sevilla, B.U.S.159/86.

²⁷ Así lo dice el mismo en el colofón, después del Index.

²⁸ De todas maneras, Maluenda actualizó los datos: así, en p. 215 a cita a Rodolfo II “qui nunc etiam hodie rerum potitur, nimirum hoc anno, quo haec nostra componimus ab ortu Salutis 1604. est Romanorum imperator”.

siguiendo una vieja tradición²⁹). Pero ése era un tema sobre el que habían corrido ríos de tinta y al que Maluenda, por muy erudito que fuese, no podía aportar ninguna argumentación nueva. En cambio, sí era necesario apaciguar la expectación escatológica. Ésta fue la misión que cumplió el libro de Maluenda, prolijo y discursivo en exceso pero eficaz en sus resultados.

El dominico no dejó ningún cabo suelto. Había sido opinión común entre los primeros padres de la Iglesia que el mundo habría de durar 6.000 años, correspondientes a los seis días que había empleado Dios en la Creación del mundo. Era una creencia que se mantenía todavía muy viva en los s. XVI y XVII, aunque con algunos rechazos por parte de unos eruditos y titubeos por parte de otros. Maluenda, siguiendo al cardenal Bellarmino, no se atrevió a impugnarla de plano (p. 44), pero sí señaló la incertidumbre de los cálculos y la imposibilidad, por tanto, de fijar un plazo seguro al fin del universo. A este objeto Maluenda había reseñado varios intentos cronológicos de datar por los años del mundo el nacimiento de Cristo, enumerando los cálculos de los siguientes autores (p. 39):

Francisco Georgius, Agustín Steuchus y Pedro Galatinus	3760
Gerardo Mercator	3928
José Scaliger	3948
Juan Pico de la Mirándola	3958
Juan Lucidus y otros muchos	3960
Sixto de Siena, Cristián Massaeus y otros	3962
Pedro Gallisardus	3964
Cornelio Jansenius	3970
Pedro Galatinus, en otro cómputo	3982
Carlos Bovillus	3989
Pablo Palatius	4000
Benito Perer, Roberto Bellarmino y César Baronio	4022
Arnoldo Pontacus	4088
Gilberto Genebrardus	4090
Francisco Ribera	4095
Francisco Suárez, aproximadamente	4000

²⁹ Seguida también, entre otros, por C. a Lapede, *Commentaria in Scripturam Sacram*, ed. de J. Peronne, París, 1866, XIII, p. 160 b)

Pablo Forosempronensis	5201
Onofre Panvinio	6310
T. Maluenda	4133

Por tanto, escudriñar la hora del fin del mundo es ir contra la advertencia del propio Jesús (Matth. 24,36, Marc.13,32).

En los libros tercero y cuarto se estudian las señales de la aparición del Anticristo, discutiendo preferentemente las dos fundamentales: la predicación del evangelio a todo el mundo y la destrucción del imperio romano (Ὁ ΚΑΤΕΧΩΝ de II Thess. 2,6), negando que tanto la una como la otra se hubiesen cumplido ya.

Pero pasemos ya a las postrimerías propiamente dichas. Sobre la naturaleza del impío (p. 73ss.) había habido gran discrepancia entre los diversos autores. Unos habían pensado que no sería un hombre verdadero, sino el propio diablo en forma humana (San Hipólito, Fírmico Materno y San Efrén). Otros habían sostenido que, así como Cristo había sido dios y hombre, el Anticristo sería diablo y hombre (Teodoreto, con más convicción Tertuliano y Orígenes). Para Maluenda, como para Acosta, el milagro de una unión hipóstatica en el Anticristo es de todo punto imposible: será un hombre verdadero, si bien recibirá en sí todo el espíritu del demonio. Tampoco ha de nacer de una virgen, como Cristo, sino de hombre y mujer: su madre será una ramera. Es, por tanto, fruto de una fornicación y no, como cree el vulgo, de un incesto (p.e., de padre e hija, madre e hijo, hermano y hermana) o de un sacrilegio (p.e., de un fraile y una monja). Aunque esta última opinión estaba muy arraigada en España, como veremos, Maluenda señala con razón que el Anticristo, conforme a la opinión unánime de los comentaristas, había de nacer de padres judíos; y entre los judíos no hay monjas ni frailes.

En definitivas cuentas, una cosa está clara: sus padres serán personas de la más vil ralea. Llegado a este punto, se inclina a aceptar Maluenda la extraña idea de que el Anticristo habrá de ser hijo de una mujer corruptísima y de un demonio íncubo. Y añade, citando al cardenal Bellarmino, que los demonios, aunque no tengan semen procreativo, sí pueden conservar con todas sus propiedades el semen de un hombre y verterlo sobre la mujer cuando tengan acceso carnal con ella bajo forma humana; bien entendido que el hijo resultante no será hijo del demonio, sino del hombre de quien procede el semen (p.

75 b). En América cuentan los cronistas que el demonio, bajo la apariencia de un sátiro, tiene frecuente trato carnal con mujeres, heredando sus hijos los rasgos del padre (p. 76 a). Hay otros ejemplos en la historia de hombres supuestamente nacidos de dioses, es decir, de demonios íncubos: Rómulo y Remo, Servio Tulio, Alejandro Magno y César, hasta el filósofo Platón.

Otra conformidad unánime reina entre los exegetas: así como Jesús procedió de la tribu de Judá, el Anticristo ha de nacer de la tribu de Dan (p. 81ss.). El texto clave es Génesis, 49,16 “fue hecho Dan serpiente en el camino, culebra en el sendero”, unido a Jeremías 8,16 y a la omisión de la tribu de Dan en el Apocalipsis. Su patria será Babilonia (San Jerónimo, Estrabón, Beda); y por Babilonia no se ha de entender alegóricamente Roma, sino la Babilonia caldaica (confundida con Bagdad) y no la egipcia (p. 91ss.). Un portugués que acababa de venir de la India por tierra le había certificado a Maluenda la gran opulencia de Bagdad, entonces sometida al Turco (p. 99 b).

El nombre del Hijo del Pecado nos es conocido sólo por una presunta isopsefia, el número 666 del Apocalipsis. Maluenda reseña las distintas explicaciones: Mahoma, Lampetis, Teitan, Antemos, Lateinos, DICLVX, etc. (p. 433ss.), sin decidirse por ninguna y proponiendo con dudas una nueva interpretación: que la isopsefia se refiera a la *formata*, la ‘carta con contraseña’ por medio de la cual se reconocían los cristianos, de suerte que el Hijo del Pecado estaría remedando como un mono las costumbres de los verdaderos fieles, instaurando, por otra parte, algo parecido a los *theophilin* o filacterias de los judíos (p. 446 a). Acto seguido se pasa revista a los diferentes nombres que recibe el Anticristo en la Sagrada Escritura: “legislador”, “insensato”, “enemigo”, “Belial”, etc. (p. 448ss.).

Si Cristo estuvo colmado de virtudes, el Anticristo desde su concepción estará poseído por el diablo, aunque no por ello deje de tener, como todo hombre, un ángel de la guarda (p. 103). Los lugares predestinados para su educación son Corazaim y Betsaida, dos ciudades de Galilea (p. 104). Así lo concluyeron los comentaristas antiguos de las palabras de Jesús: “Ay de tí Betsaida, ay de tí, Corozaim” (Matth. 11,22), deducción que, aunque fue rechazada por Suárez, no le parece desacertada a Maluenda (p. 105 a). Desde su adolescencia el Anticristo se entregará a las malas artes, especialmente a la magia. Rodeado de una caterva de rufianes de la peor ralea, con engaños y malas artes –el

único medio de subir a tamañas alturas desde la hez de la sociedad-pondrá los cimientos de su reino en Babilonia (y no, como había pensado Franciscus Georgius, en Roma), donde por primera vez tomará el título de monarca (a todo ello refiere Maluenda el vaticinio de Zacarías [5,11] sobre la tierra de Sennaar). Su elocuencia sin par, su liberalidad, sus falsas promesas y sus mentiras le atraerán el favor del pueblo, que unánimemente lo aceptará por soberano; los hebreos sobre todo serán sus súbditos preferidos (p. 105ss.).

En las postrimerías del mundo el imperio romano será destruido por diez reyes (p. 218ss.). En ese momento surgirá el Anticristo, que es llamado por Daniel 7,8 “cuerno pequeño”, precisamente por la extrema vileza de su cuna (p. 252ss.). A los mismos acontecimientos se refieren tanto Daniel 11,21ss. (pasaje que, más que a Antíoco IV, cuadra al Anticristo) como el Apocalipsis 12,3 y 13,1.

El Anticristo, pues, se enfrentará a estos diez reyes; a tres de ellos (los de Egipto, Libia y Etiopía) los vencerá y aniquilará, a los restantes se los atraerá por miedo o por amor (p. 261ss.), según se desprende de Daniel 11,40 (profecía a la que añade Maluenda Jeremías, 8,16). Después de someter a estas tierras, tratará de dominar Judea, para que los judíos, al verlo reinar en Jerusalén, lo acepten como su Mesías. El mundo se llenará de miedo al contemplar los pueblos que militan bajo sus banderas (p. 270ss., cf. Ezech. 38): Gog (un rey poderosísimo, el soberano de la tierra Magog, probablemente el emperador de los tártaros) y Magog (los escitas, o sea, los tártaros³⁰, que podrían ser los descendientes de las diez tribus perdidas de Israel si se aceptan las tesis de Ortelio y Genebrardo, cuya aprobación Maluenda [p. 295] deja en suspenso), Mosoc (Capadocia), Túbal (no España –lejos de nosotros tal baldón-, sino la Iberia pónica), Gomer (Francia), Togorma (Turquía), Sabá (Etiopía) y Dedán (una región de la Arabia desértica). El imperio del Anticristo será así el más poderoso que jamás se haya visto, extendiéndose de mar a mar, de oriente a occidente, incluso implantando su ley en América y en las islas y tierras bañadas por el Océano Pacífico (Japón, Filipinas, Nueva Guinea, Islas de Salomón, la Tierra Austral), aunque Maluenda (p. 302) sea consciente de la inverosimilitud de que el dominio del Anticristo, en el

³⁰ Luis del Alcázar (*Vestigatio arcani sensus in Apocalypsi*, Amberes, 1619, p. 835 C-D) rechazó de plano la identificación de Gog y Magog con moros y turcos.

breve tiempo que le será concedido (tres años y seis meses [cf. p. 506ss.]), pueda llegar hasta tan lejos; claro está que para ello contará con la ayuda de Satanás y de todas las huestes infernales. La capital del reino será Jerusalén (p. 304), y los judíos lo aceptarán por su Mesías (p. 310ss.), tal y como había predicho Jesús (Juan, 5,43) y corroborado San Pablo (II Thess. 2,9). Pero atención: hasta los últimos tiempos los cristianos vivirán tranquilos en Jerusalén y en Judea, que previamente habrán reconquistado del Islam; en Jerusalén se reunirán los ejércitos de Gog y Magog, salidos como un huracán de su encierro septentrional, con el Anticristo, que regresa triunfante de las campañas contra Egipto, Libia y Antioquía (pp. 494-495).

A enumerar los vicios del Anticristo está consagrado el libro sexto. Como bien puede comprenderse, el Anticristo es un dechado de maldad, en quien se dan cita la hipocresía, el engaño, la impudicia audaz, las malas artes de la magia, la lujuria –tendrá varias mujeres y concubinas–, la avaricia y la rapacidad; gracias a esta voraz codicia se apoderará de todos los tesoros del mundo y elevará edificios suntuosos (p. 334ss.), poniendo una estatua suya colosal en el templo de Jerusalén (p. 337ss.) y viviendo en el colmo del lujo y la molicie (p. 341ss.).

A continuación Maluenda parafrasea a Daniel 11,36ss. En un principio el Anticristo guardará las ceremonias judaicas y restaurará la ley de Moisés, haciendo circuncidar a su pueblo y afirmando ser el Mesías (p. 347ss.). Quitará los ídolos y abolirá el culto de los falsos dioses (p. 349ss.). Se jactará, en suprema blasfemia, de ser el verdadero y único dios (p. 351ss.), sentándose en el Templo de Jerusalén (p. 356ss.), que antes habrá reconstruido (p. 515ss.): es la abominación de la desolación que se yergue en lugar sagrado de la que habían hablado Daniel (9,26ss.) y el propio Jesús (Matth. 24,15). Adorará como dios a Maozim, es decir, a sí mismo, pues tal nombre se pondrá, según Maluenda (p. 373 b), aunque en su fuero interno sea ateo (p. 376 a). Obrará muchos y grandes milagros, pero falsos, tales como curar leprosos, enderezar paralíticos, expeler demonios, resucitar muertos, andar sobre el mar, hacer el día noche y la noche día, mudar montes de lugar: toda la tierra se admirará del poder de la bestia (Ap. 13, 2,13). Ante los ojos de todo el mundo aparentará que sube al cielo, refulgiendo sus demonios como ángeles (así lo afirma Hipólito [pp. 377-78]); y dirá que ha muerto y que ha resucitado (p. 376ss.).

Entonces comenzará una persecución contra los cristianos como no se ha conocido otra tal en el mundo (p. 396ss). El Anticristo creará que puede cambiar los tiempos y la ley y derrocará las estrellas y el ejército del cielo (p. 403ss.), sumiendo en la desolación al pueblo santo, engañando a la mayoría con su paz y corrompiéndola con la vida regalada. Dios en su misericordia acortará los días, para aliviar el desconsuelo de los fieles (p. 406ss.), que sufrirán tormentos inauditos, tanto espiritual como corporalmente. Cesará el sacrificio de la misa (p. 412ss) y la Iglesia huirá al desierto (p. 423ss.). Sólo se salvarán, como profetiza Daniel 11,41, Edom, Moab y una parte de la tierra de Ammón (p. 426ss.). La Iglesia no se extinguirá del todo (p. 431ss.).

El Anticristo impondrá una señal en los suyos, un “blasón”, precisa Maluenda (p. 439 a): según Ambrosio Ansperto, un lábaro (*chi rho*) cortado en el medio por una barra transversal, como para tachar la doctrina cristiana (p. 442 a). Lo ayudará un gran profeta, que será su alfez: es la bestia a la que se refiere Ap. 13,11 (p. 443ss.).

Cuando dé comienzo la gran tribulación aparecerán Enoc y Elías el Tesbita, los únicos hombres que no han muerto, pues fueron trasladados, según unos, al Paraíso Terrestre (ésta es la opinión que acepta Maluenda, aunque se resista a creer que durante su estancia en el Edén hayan podido ver la esencia divina [p. 460 b]), según otros, al seno de Abrahán, según otros, al cielo. Los dos testigos, vestidos de sayal, profetizarán y consolarán a los justos durante 1.260 días; como ese término no cubre los tres años y medio solares que durará la tiranía del Anticristo, supone Maluenda (p. 424 b, 478 b) que los veinte días que faltan es el tiempo que discurre entre la muerte de Enoc y Elías y la muerte del Anticristo, tiempo en el que los cristianos, reconfortados con el ejemplo de los patriarcas, recobrarán ánimos. Los dos profetas lanzarán siete plagas, más graves que las de Egipto, contra los partidarios del Anticristo: úlceras, putrefacción de la sangre, conversión del agua en sangre, sequía, tinieblas y, por último, el combate y la derrota de Gog y Magog (p. 475ss.). Terminado ese plazo sufrirán martirio y sus cadáveres yacerán en la plaza durante tres días y medio, al cabo de los cuales resucitarán y subirán al cielo (p. 477ss.).

Llegado a este punto, Maluenda, estremecido, se pregunta la causa que moverá al Señor a permitir la aparición de tan gran mal. Según él, las razones fundamentales son dos: mostrar la perfidia de los judíos,

primero, y poner de manifiesto la infinita misericordia de Dios, después (p. 480ss.). A continuación refuta el escriturista la opinión de algunos cristianos: no puede haber un reino milenarista de Cristo sobre la tierra (p. 481): *mille* es un número indeterminado por ‘muchos’, y lo mismo se aplica a Ap. 20,1.

El ejército de Gog, Magog y los demás pueblos salvajes se concentrará en Armagedón (Ap. 16,6), nombre que identifica Maluenda (p. 496) con Magedón, una fortaleza de la tribu de Manasés. Será vencido y aniquilado en el valle que se extiende entre los montes Hermón y Gelboé (p. 498 b), valle famoso ya por la derrota y muerte del rey Josías (IV Reg. 23,29), recibiendo los cristianos la ayuda decisiva del arcángel San Miguel, según afirman Daniel 12,1 y Ap.12,3 (p. 225, 428ss.).

Maluenda reconstruye así los últimos acontecimientos del mundo (pp. 505-506): el Anticristo, huyendo de la matanza de sus huestes junto con su adalid, subirá al monte de los Olivos, donde presumiblemente se encontrará su palacio o su cuartel general, para celebrar consejo o, como piensan otros (Pedro Coméstor, B. Perer), para simular que quiere volver al cielo en el lugar mismo de la Ascensión de Cristo, mientras lo eleva un cortejo de demonios en forma de ángeles (p. 503 a). Entonces Cristo descenderá del cielo en forma visible y refulgente, ceñido de ángeles y rodeado de clarísima luz, y ordenará a San Miguel que dé muerte al Anticristo. San Miguel reducirá a cenizas todo aquel palacio o cuartel llamado Apadno con horrísono trueno, inmenso fragor y vivísimo rayo; y en ese mismo momento se abrirá el monte de los Olivos y sepultará vivos en tierra al Anticristo y a su adalid, sumergiéndolos en el infierno ardiente de fuego y azufre, en presencia de todos los judíos y cristianos. En la hora de su muerte, según Maluenda (p. 509 a), el Anticristo tendrá 33 años cumplidos y seis meses, habiendo vivido por tanto tres meses más que Cristo.

Desaparecido el impío, saldrán jubilosos de sus escondrijos los perseguidos y se descubrirá el Arca de la Alianza (p. 524), oculta en una cueva del monte Nebo por Jeremías (II Macc. 2,5). Un apartado especial merece la suerte de los judíos. Un número de 144.000, 12.000 por cada tribu, según se deduce de Ap. 7,2 (p. 532ss.), se había convertido ya por la predicación de Elías y Enoc, recibiendo martirio en la persecución del Anticristo. Después de la muerte de éste, algunos

más abrazarán la fe cristiana (Os. 3,4; Rom. 11,25), pero no todos (p. 532ss.). Es el tema al que está dedicado el libro undécimo, repleto de insultos y vituperios al pueblo pérfido, despreciable y vagabundo, carente de estado político hasta la llegada del Anticristo (p. 513 b). Maluenda no determina el tiempo que ha de transcurrir desde la muerte del impío hasta el Juicio Final, pero tampoco rechaza la opinión de San Antonino, que había fijado un plazo de 45 días para conjugar las dos fechas de Daniel (1.290 y 1.335); ese espacio de tiempo será concedido al refrigerio y tranquilidad de los buenos y a la posibilidad de penitencia de los pérfidos (p. 537ss.).

El tratado de Maluenda es la antítesis del libro de Acosta. En Acosta brillan la claridad y la concisión, en Maluenda campan por sus respetos la erudición desenfadada y la ampulosidad. Las frecuentes digresiones dificultan con sus interminables meandros la intelección de la obra en sí, pero al mismo tiempo ilustran al lector sobre mil cuestiones curiosas como la situación de Tarsis y Ofir o la localización de las diez tribus perdidas de Israel. Es que Maluenda, menos crítico que Acosta, se deja arrastrar de cuando en cuando por la exuberancia de su carácter pasional y también –todo hay que confesarlo– por el tremendismo del propio argumento.

6. El Anticristo, según Francisco Suárez

Hubiérase dicho que el eruditísimo libro de Maluenda, suma y compendio de todos los saberes teológicos, habría debido poner el oportuno colofón a todas las elucubraciones sobre el Anticristo. Tampoco fue así: no lo permitieron las controversias religiosas. En su *Defensio fidei catholicae et apostolicae aduersus Anglicanae sectae errores* (Coimbra, 1613)³¹ el gran jesuita Francisco Suárez volvió sobre el tema, dedicando todo un libro de la obra, el quinto, a hablar del Anticristo. En efecto, como los protestantes atribuían al Papa el nombre y persona del Anticristo, era necesario responder a los asertos expuestos por Jacobo I (1603-1625), el más culto de los monarcas ingleses desde el rey Alfredo, en su libro *An Apology for the Oath of Allegiance* (*Apologia pro iuramento fidelitatis*) y en su preliminar *Epistola ad principes Christianos* (1607), aunque no haciendo una exposición general del tema, sino

³¹ Utilizo la edición facsímil impresa en Madrid en 1971, con traducción de J. R. Eguillor Muniozgueren.

respondiendo sólo a los puntos tocados por el monarca, cuyas conclusiones le parecían al religioso “horrendas blasfemias” (p. 696). Con todo y con eso, la refutación ocupa nada menos que desde la p. 563 hasta la p. 696.

La defensa arranca con una disquisición lingüística: Anticristo significa ‘contrario a Cristo’ y no, como pretenden los protestantes aduciendo otros ejemplos del griego, ‘vicario de Cristo’ (y por tanto, el Papa); y este Anticristo es un hombre concreto, no una serie de personas (así Lutero y Beza). El rey de Inglaterra pone el comienzo del Anticristo en el año 276 desde la traslación de Roma a Constantinopla (h. el 330), esto es, según concluye Suárez, hacia el 606 d.C. (el mismo año, como se recordará, había mencionado Cipriano de Valera); pero la persecución del Anticristo precede inmediatamente al Juicio Final, termina con la muerte del propio Anticristo (muerte que tiene lugar 45 días antes del Juicio) y dura sólo tres años y medio (aunque el reinado del Anticristo pueda extenderse por más tiempo [p. 607 b]). Caen entonces por su base los alegatos del monarca protestante, a los que sin embargo sigue respondiendo Suárez por menudo. Según Jacobo I, el pasaje del Apocalipsis referente a los dos testigos se ha de interpretar metafóricamente: bien se trata de los dos testamentos, el Viejo y el Nuevo, ocultados y corrompidos adrede por el Papa/Anticristo y devueltos a la luz y como resucitados por los anglicanos, bien de los predicadores protestantes que han sido condenados a muerte por la Iglesia (p. 617ss.). La primera identificación peca de temeraria, por lo que no le cuesta trabajo a Suárez desmontar sus argumentos; de la segunda se habría de deducir que todos los predicadores protestantes habían sido relajados al brazo secular por la Iglesia, conclusión falsa. A mayor abundamiento, el Apocalipsis habla de resurrección real de los dos testigos y no de resurrección espiritual en sus seguidores; y esta resurrección se aplica a Elías y Enoc, que han de vivir en cuerpo mortal hasta los últimos tiempos (p. 624), quizá en el Paraíso Terrestre (p. 632). Dice Jacobo I que la sede del Anticristo es Roma (p. 640ss.); antes bien, del testimonio de los padres de la Iglesia se deduce que será su sede Jerusalén, y de las palabras de San Pablo (II Thess. 2,3ss.) se concluye que el Anticristo será enemigo del Papa, y no el propio Papa, como asegura el monarca. Sus propias palabras lo refutan: el soberano inglés tacha al Pontífice de idólatra, al adorar a los santos como dioses y someterse a ellos;

pero el Anticristo no se someterá a ningún dios, sino que se elevará sobre todos y el mismo se hará venerar como un dios, cosa que no hace el Papa. Tampoco cuadran a su persona las visiones del Apocalipsis, tal y como pretende el rey Jacobo (p.e., el hacer descender rayos del cielo [Apoc. 13,13] se referiría a “fulminar” anatemas; la “imagen de la bestia” sería la veneración al poder del Sumo Pontífice; el 666 aludiría bien al año 666 de la era cristiana, cuando Bonifacio III se proclamó arzobispo universal, bien a la isopsefia de una supuesta palabra griega Lateinos = ‘romano’), sino que convienen mejor a Enrique VIII y a sus sucesores (p. 670). Las profecías de Daniel indican que el imperio romano se escindirá en diez y no en un número indeterminado de reinos (es decir, los reinos cristianos, según quiere el rey Jacobo); y que tres de ellos (los de Egipto, Libia y Etiopía) lucharán contra el “cuerno pequeño”, es decir, el Anticristo, mientras que los otros siete, escarmentados por la suerte de los demás, le prestarán pleitesía, vaticinio que de ningún modo se puede aplicar al Papado. En fin, las características del Anticristo no se corresponden de ningún modo con las del Sumo Pontífice, por más que el monarca inglés lo ponga veladamente en pie de igualdad con el Turco (p. 685).

Las apretadas páginas de Suárez, como se ve, no componen un tratado formal sobre el Anticristo, pues no es ese su objeto, sino que se ciñen a refutar en toda regla la doctrina de los protestantes anglicanos, tan obstinadamente antipapistas que perdían la razón al mezclar plausibles críticas con descalificaciones e insultos, tan ciegos en su extremosidad que se extraviaban al referir a Roma sin excepción todos los anatemas de los profetas. Era comprensible que Suárez interviniese en la polémica descargando toda su nutrida artillería a favor del Pontífice: por desgracia, los tiempos no estaban maduros para entablar un diálogo más sereno. En esta defensa encendida no falta una puntada a Maluenda, “uir eruditus” y autor de “eruditi libri” (p. 695 b A): un jesuita no podía dejar pasar la ocasión de criticar a un dominico que encima lo había criticado. Así, casi un folio se va en demostrar que la interpretación que acerca de la última destrucción de Roma había propuesto fray Tomás ni es necesaria ni se basa en argumentos concluyentes (p. 591).

Mas dejemos ya a los teólogos y pasemos al teatro. Queda dicho cómo en la Edad Media se compusieron dramas litúrgicos sobre el Anticristo. Pues bien, en el Siglo de Oro español volvió a presentarse en escena ese extraño argumento, sin duda al socaire de la nueva espiritualidad que había puesto de moda el teatro religioso de la época Moderna, pero también por otros motivos. Si desde la tragedia de la lejana Grecia las catástrofes del prójimo sirvieron de catarsis al espectador, no cabía duda de que representar el drama del fin del mundo era el mejor medio de provocar penitencia y contrición en el público. Además, la malignidad del protagonista y los tremendos avatares de los cristianos sometidos a aquel angustioso trance permitían desplegar los juegos de claroscuro que tanto gustaban a los hombres de la época barroca. Aún hay otra razón que acreditaba la popularidad de un drama que estaba a medio camino de la comedia contemporánea y del auto sacramental: el teatro de evangelización, según veremos.

7. *El Anticristo* de D. Juan Ruiz de Alarcón

El Anticristo es el título de una comedia en tres actos del dramaturgo mexicano y relator del Consejo de Indias D. Juan Ruiz de Alarcón († 4 de agosto de 1639). Aunque la fecha de su composición sea desconocida, consta que fue representada el 14 de diciembre de 1623³² y que salió a la luz por primera o segunda vez en Barcelona en 1634. Se trata, por tanto, de un producto de madurez. ¿Qué motivo impulsó a Alarcón a elegir para su obra un tema tan abstruso, tan lejano aparentemente de las preocupaciones y anhelos cotidianos del público en general? A las razones reseñadas más arriba hay que añadir un doble motivo: el odio ancestral profesado a la Sinagoga, por un lado, y la política conciliadora del Conde-Duque con judíos y conversos, por otro.

³² La fecha está asegurada por una famosa carta de Góngora a Paravicino., en la que éste le da cuenta de cómo se reventó el estreno con una redomilla maloliente. No creo que convenza a muchos filólogos la propuesta de B. Primorac (“Las luchas literarias y el estreno de *El Anticristo* de Alarcón” en *El escritor y la escena. Actas del I Congreso de la Asociación internacional de teatro Español y Novohispano de los Siglos de Oro (18-21 de mayo de 1992, Ciudad Juárez)*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1993, p. 167ss.): la comedia boicoteada habría sido la de Lope –y no la de Alarcón–, por obra de Juan Pablo Rizo, enemigo capital del Fénix. La enemistad de Lope y Rizo parece probada; pero, ¿cómo explicar entonces el despiste monumental de Góngora? ¿no se hubiera alegrado éste infinitamente más de un tropiezo de Lope que de Alarcón?

No cabe duda de que el pueblo llano, hábilmente dirigido, responsabilizó siempre a los judíos de todos los males que le acaecían. A sus perversas maquinaciones se imputó desde la “destrucción de España” hasta la pérdida de San Salvador de Bahía (1624)³³, duramente execrada por Lope de Vega en su comedia *El Brasil restituído*³⁴; a la perfidia judaica se achacó después el sacrilegio cometido en la calle de las Infantas y denunciado en 1630: los sacrílegos azotes dados al Cristo por el converso portugués Miguel Rodrigues y su familia fueron expiados en el solemne auto de fe de 1632³⁵. D. Gaspar de Guzmán, sin embargo, favoreció desde 1623 a los conversos portugueses, buscando reemplazar a los banqueros genoveses por los financieros marranos³⁶. En este agitado ambiente de rechazo visceral, pero también de aproximación cortesana a los judíos se comprende sin más la oportunidad de un drama como éste. Para escarnecer a los hebreos, ningún medio mejor que representar en el teatro la vida del Anticristo y su derrota absoluta, dado que el Anticristo, entre otras cosas, es el falso Mesías de Israel. Pero el Hombre de Perdición, que engaña a todos, engaña también a los judíos, de suerte que éstos, cuando se percatan de sus mañas y contemplan su derrota y destrucción, se convierten a la fe cristiana. La obra, pues, encierra un doble mensaje: si el pueblo de Israel es el más expuesto a caer en las trampas del Anticristo, también él, al fin y a la postre, ha de salvarse. En definitiva, hay esperanza para todos, y así lo muestra la obra alarconiana poniendo por ejemplo la suerte que corren los personajes más opuestos: un villano como Balán y un príncipe como Eliezer, los dos ardientes partidarios del Anticristo en un principio, al cabo del tiempo se convencen de su error y encuentran la redención en la fe de Cristo, en aras de la cual acaban entregando su vida. El drama, pues, dejaba satisfecho al vulgo, pero tampoco contrariaba ni mucho menos las directrices de la política oficial.

³³ Cf. A. Alvar Ezquerro, "1625, Bahía y la propaganda" en M^a do Rosario Pimentel (coord.), *Portugal e Brasil no advento do Mundo Moderno*, Lisboa, 2001, p. 193ss.

³⁴ Cf. C. Varela, "Brasil en la literatura española del Siglo de Oro", en E. González *et alii*, *Reflexiones en torno a 500 años de historia de Brasil*, Madrid, 2001, pp. 55-56.

³⁵ Cf. sobre el particular el estudio de J. I. Pulido Serrano, *Injurias a Cristo. Religión, política y antijudaísmo en el siglo XVII*, Alcalá de Henares, 2002.

³⁶ Cf. J. H. Elliot, *The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*, Yale-Londres, 1988, p. 300ss.

Para componer la obra *D. Juan* se documentó ampliamente, como se desprende de su despedida final al público:

Esta será
La historia del Anticristo
Según la interpretación
Que a los profetas han dado
Los doctores (p. 373 c).

De una de estas lecturas y del nombre de uno de estos doctores queda constancia irrefutable, pues en el curso de la acción un personaje se refiere al libro del maestro Nicolás Dias (p. 366 c), del que hace tres citas literales³⁷. Pero no fue ésta la única autoridad sobre el tema que manejó nuestro autor: me parece seguro que consultó asimismo la obra de Maluenda, como vamos a ver.

El drama de Alarcón sigue en sus líneas fundamentales el relato de la tradición. No podía ser de otra manera: era un asunto demasiado grave para que el autor pudiese campar por sus respetos, alterando el hilo argumental. Así sucede por lo que toca a la educación y carrera del Anticristo, nacido en Babilonia, como proclama el protagonista en la primera escena:

Yo soy el rey, yo el Mesías
Prometido a los hebreos:
Reinaré en Jerusalén,
Reedificaré su templo.
Betzáida y Corozain,
Ciudades bellas un tiempo
Y agora apenas humildes
Reliquias de lo que fueron,
En sus desiertos me albergan (p.359 b).

El Anticristo va imponiendo a todos en la mano derecha o en la frente su “carácter” (así, aguda, como en el modelo griego, pronun-

³⁷ Son los siguientes:

“Dice San Pablo” que la venida del Anticristo “ha de ser según la obra de Satanás”, porque “los demonios le ayudarán, y mediante su ministerio hará muchas cosas que parecerán milagros” (p. 123 y 124, cf. p. 140).

“Santo Tomás dice que son milagros los que se hacen fuera de la orden de la naturaleza criada”; y cuando vemos alguna cosa que no conocemos, lo tenemos por milagro, y no lo es; y así “serán los que hará el Anticristo con poder del demonio” (p. 124).

Dice San Juan: Le desatará al fin del mundo, y por todo él ha de ir a engañar (p. 126).

ciaba la palabra Alarcón), es decir, una *rbo* mayúscula (el lábaro imaginado por Ambrosio Autperto): así se lo graba a Elías (p.350 b), a Balán (p. 361 b) y a todos los vencidos (p. 361 b, 364 a)³⁸. Sus portentosas conquistas, partiendo desde Babilonia, siguen la pauta trazada por Daniel y el Apocalipsis, pero en la síntesis sinóptica de Maluenda (tres reyes vencidos, siete sojuzgados):

Que la bestia que has soñado
Que salió del hondo abismo,
Es símbolo, es iconismo
D'este siglo y d'este estado:
De miembros la variedad
Figura diversas leyes,
Y los diez cuernos, diez reyes
Que imperan en esta edad;
Y el que empezando a nacer
Tres d'ellos aniquiló,
Soy yo; que a tres reyes yo
He de quitar el poder,
Siendo mi fama veloz
Tan espantosa a los siete,
Que a mi imperio los sujete
Sólo el eco de mi voz (p. 360 a).

Cuando el resto del mundo (judíos, paganos y gentiles) se ha rendido ya al Anticristo, sólo le plantan cara los cristianos. En el acto segundo tiene lugar un verdadero duelo teológico. Elías, vestido de saco y venerable por su luenga barba, refuta ante todo el pueblo la falsedad del Anticristo, “la ceraste, la culebra, El Belial, la bestia Deca-cornu³⁹” (p. 364 b), exponiendo el meollo de las profecías mesiánicas según la ortodoxia cristiana. Sus palabras encuentran oídos sordos en unos hombres arrastrados por el torbellino cósmico, por lo que Elías los condena a sufrir las plagas del cielo. El Anticristo, sin embargo, prosigue su marcha triunfal. El acto tercero se abre con su entrada apoteósica en Jerusalén, cuyas llaves doradas le entrega Eliazar, postrado de rodillas. No está de más recordar que, según Maluenda (p. 493 b), los judíos no habrían de poseer Tierra Santa hasta

³⁸ La misma señal lleva en su bandera roja (p. 360 c).

³⁹ Este neologismo mal compuesto está usado también en la visión de Elías: “A la asiria Babilonia Llegó el Deca-cornu horrendo” (p. 359 a).

que llegase a ella el ejército de Gog, Magog y demás pueblos inmundos. La primera orden que recibe Eliazar, nombrado “presidente” (préside o gobernador) de la ciudad, es la que se espera del Mesías judío:

Desde hoy
Da principio al edificio
Del templo, con prevención
De que en grandeza, hermosura
Riqueza y arquitectura
Exceda al de Salomón (p.368 a).

Mas como la soberbia del Anticristo, desmesurada, sigue creciendo, ya no se contenta el impío con las ínfulas mesiánicas, sino que en un delirio de grandeza sueña con convertirse en dios supremo:

El dios Maozín ha de ser
Mi nombre, cuya grandeza
Significa fortaleza,
Majestad, gloria y poder.
Mi estatua el sagrado asiento
Ocupará en el altar
Que un tiempo se vio ocupar
Del arca del Testamento (p. 368 b).

Los dos testigos del Apocalipsis, Enoc y Elías, encuentran al plazo fijado la muerte que se les había mostrado tan dilatadamente esquiva, pero también por misericordia de Dios consiguen la pública resurrección al tercer día, como Cristo, y la gloria eterna. Y así dice Eliazar, desengañado de su fe judía,

Vi que, por el mandamiento
Del rey muerto Enoc y Elías,
Habiendo estado tres días
Para público escarmiento
Sus cadáveres helados
En la plaza, resurgieron
Y gloriosos ascendieron
A los asientos sagrados (p. 371 b).

La tragedia acaba. Se libra la postrera y definitiva batalla del Universo entre las huestes del Bien y del Mal. Otra vez Alarcón sigue fielmente a Maluenda en la identificación del topónimo bíblico Arma-

gedón con Magedón. Una cristiana, Sofía, arenga a los suyos diciéndoles:

Los campos de Magedón
Cubren, sin número armados,
De Gog y Magog soldados.
No temáis, que pocos son
A la espada de dos filos (p. 370 a; cf. p. 368 b).

Según Maluenda, Gog es el nombre del soberano, Magog el nombre del reino. Así parece entenderlo también el dramaturgo:

Viendo estás
El vitorioso trofeo
Que dio a tan pocos cristianos
El cielo contra el rey Gog,
Que de gentes de Magog
Cubrió estos montes y llanos (p. 370).

En la derrota del Anticristo es parte decisiva un ángel, revestido de túnica blanca, que blande una refulgente espada desnuda (p. 370 a). Alarcón no revela su nombre, pero da una pista clara de su identidad cuando, antes de derribar al Anticristo de una certera espadada, el adalid celestial le recuerda: “Bárbaro, ¿quién como Dios?” (p. 373 c). En efecto, eso mismo (“¿quién como Dios?”) quiere decir en hebreo Miguel⁴⁰, y el arcángel homónimo es el exterminador del Anticristo en la exposición de Maluenda. Desaparecido el Hombre de Perdición, el mundo entero abraza la religión cristiana. Todos proclaman a una: “Dios eterno es Jesucristo” y remacha un judío: “Todo el mundo adorará su nombre” (p. 373 c).

La escrupulosidad de Alarcón respecto a las fuentes se manifiesta en detalles nimios. Muy elocuente al respecto es su fidelidad a las indicaciones cronológicas. Así, Elías fija la duración y límite de su predicación, indicando asimismo los veinte días que, según Acosta y Maluenda, habría de reinar el Anticristo después de la muerte de los dos testigos:

⁴⁰ De mil ejemplos baste uno. Dice San Isidoro: *Michael interpretatur Qui sicut Deus* (*Etym.* VII 5, 12).

Hemos de predicar Enoc y Elías
 Mil y doscientos y setenta días,
 Veinte menos que aquéllos que tu mano,
 Según Daniel, gozará el cetro humano (p. 364 a).

Antes de morir vuelve a profetizar Elías al Anticristo el tiempo que le queda de vida:

Mas advierte bien, precito,
 Que dentro de veinte días
 En las regiones impías
 pagarás tanto delito (p. 369 c).

Y el mismo Elías pone plazo a la segunda Parusía, siguiendo en parte a Maluenda:

Pues después de la muerte d'este fiero
 Anticristo cuarenta y cinco días,
 Según las soberanas profecías.
 Justiciero y terrible, no clemente,
 No ya cordero, más león rugiente,
 Dará por siglo en duración eterno
 De Dios el Hijo el cielo o el infierno (p. 366 a).

Alarcón cuenta una historia manida, sí, pero también introduce dentro de la trama una serie de innovaciones, unas veces para acrecentar la truculencia del personaje, otras para distraer al espectador. La primera novedad se refiere al nacimiento del Hombre de Perdición. En España era común creencia que el Anticristo habría de ser hijo sacrílego de un religioso y una monja. Así lo expresa en un jocososoneto Baltasar del Alcázar⁴¹:

Di, Lucrecia, ¿qué haces?, ¿qué es tu intento?
 ¿Holgarás por ventura en nuestra era
 Que nazca el Anticristo que se espera?
 Muy bien sé que me entiendes sin comentario.

En otra poesía Bartolomé Leonardo de Argensola se desentiende de saber una serie de cosas, entre ellas

⁴¹ 21 (p. 193 Valentín Núñez): Soneto a una señora monja porque era amiga de frailes, llamada doña Lucrecia de Robles.

Ni si con justo título achacaron
A fray Montante y sor Ensilada,
Que al Anticristo ser comunicaron⁴².

Frente a esta tradición bien asentada Alarcón retoma la idea del incesto, que no era desde luego original. En una poesía popular francesa se describe así el nacimiento:

Un paillard juif abominable
Connaître charnellement sa propre fille⁴³.

Y en el tratado *Der Antichrist* se lee como ilustración de una viñeta:

Hye wirt der Enndkrist enpfangen in Mutterleib durch die Kraft des Teufels, der infüret und erfüllet alles Ubels und aller Poshafft. Und ain Vater beschlafat sein Tochter und derselb ist des Enndkrist Vater.

Sí es original, en cambio, la manera de imaginar un incesto múltiple, tan retorcido de mente como descomunal en su barroquismo, que supera con creces la desgracia involuntaria de Edipo, pues aquí el pecador comete sus monstruosos delitos a ciencia y conciencia. Cuenta Alarcón que el abuelo del Anticristo, un judío de la tribu de Dan llamado Mancer (y ya *manzer* quiere decir ‘renegado’), “dogmatista injusto”, sedujo a su hermana Sabá en ausencia de su esposo Oreb. De esta unión ilícita nació una niña, que apenas llegada a los quince años fue violada por su mismo abuelo, dando a luz en Babilonia al Anticristo. El horrendo crimen fue castigado con la lapidación de Mancer. Como confiesa la acongojada madre, Abá⁴⁴, al hijo, ya crecido,

Tú fuiste de tu abuelo, padre y tío
Abominable incestüoso efeto (p. 359 c).

Los padres muchas veces son un estorbo. En el camino del Anticristo, adulto y dispuesto a perpetrar todas las fechorías del mundo, sólo se cruza ya la madre, impidiéndole ejecutar sus sombríos desig-nios, pues la desdichada mujer es la única testigo de que en realidad

⁴² *Rimas*, IX 412ss. (II, p. 168).

⁴³ E. Wadstein, *Die eschatologischen Ideengruppe*, p. 129.

⁴⁴ El nombre de la madre consta sólo en p. 366 a. En el catálogo de personas se habla sólo de “Madre del Anticristo”.

su hijo procede de la tribu de Dan, siendo así que el malvado necesita fingirse descendiente de Judá para poder alardear de Mesías ante los judíos. No hay más que un medio de salvar ese obstáculo: el crimen. Un asesinato, como bien puede comprenderse, es una nonada para el Anticristo, aunque se trate de un matricidio. A fin de ser en todo contrario a Cristo y hacer de su madre, “incestuosa... en la cuna, en el parto y en la muerte” (p. 360 b), el polo opuesto de la Virgen, la viola primero, mancillándola todavía más en contraste con una María inmaculada, y la mata después, exclamando sentenciosamente: “Quien tal hijo parió, a sus manos muera” (p. 360 c).

Libre de trabas, el Anticristo puede contar ya una bonita historia de su nacimiento a Joás, el patriarca de Babilonia, el verdadero descendiente de David, cuya hija Ester había muerto en la flor de la edad.

Tu hija Ester, que en lustro floreciente
 al túmulo lloraste trasladada,
 Fue del que miras sol cándido oriente.
 No muerta, no, más viva transportada
 Fue por mi padre a aquel fecundo suelo,
 Habitación de Adán mal conservada.
 Allí en habitación de tierra y cielo,
 Sin obra de varón, le dio al Mesías
 Su claustro virginal humano velo,
 Según por inspiradas profecías
 La Sibila Sambete lo predijo,
 Según los vaticinios de Isaías:
 “Concebirá una virgen clausa un hijo”
 Cantó el profeta, que la mente hebrea
 Incluso en la dicción “clausura” dijo.
 ¿Quién, pues, será tan ciego que no vea
 La verdad del pronóstico en su efeto
 Que el pueblo de Israel tanto desea,
 Pues a tu hija virgen el secreto
 Sepulcro fue clausura, por que fuera,
 Oculto en ella yo, de Dios conceto? (p. 363 a).

El nacimiento del Anticristo, hijo de Dios y de la virgen Ester, queda ahora equiparado al de Cristo, y aun con ventaja para el primero, pues su concepción tiene lugar en el mismísimo Paraíso, donde se

encuentra Ester en cuerpo⁴⁵ y alma: de ahí que en la visión onírica del falso Elías el Anticristo, “un bello infante tierno”, sea trasladado al Edén, donde es educado por espíritus puros y recibe el leño de la vida inmortal (p. 359 a) y es visto por el citado pseudoprofeta (p. 362 b). Ante estas nuevas maravillosas que le anuncian la ascensión celestial de su hija Ester, el buen viejo Joás, antes escéptico, revienta de gozo al reparar que el Mesías es su nieto y exhala su alma en paz, contento de que sus ojos hayan visto tras larguísima espera al redentor de su pueblo: con su muerte se cumple asimismo una de las profecías del Anticristo.

Otra connotación paradisiaca. En su primera aparición el Anticristo se presenta cubierto de hojas. Por ello el gracioso, Balán, al verlo, dice que va “de árbol vestido” y que, por tanto, parece “un figurón de arrayán” (p. 361c). El Anticristo aclara la causa de tan extraño atuendo:

En el Paraíso he estado
Y el mismo traje he tomado
Del lugar en que viví (p. 361 c)⁴⁶.

Es decir, el Anticristo va vestido igual que Adán cuando salió del Edén, igual asimismo que los “salvajes” representados en los momos y esculpidos en piedra por la glíptica medieval. A partir del acto segundo, sin embargo, el Anticristo porta las vestimentas de un monarca judío (p. 363 c), como corresponde a su rango de rey de Babilonia. La vestimenta, en efecto, tiene una función importante en este drama: el saco, el áspero sayal de esparto que cubría a los anacoretas de la Tebaida, es el vestido de Elías el profeta, pero también el que lleva Sofía (p. 370 a), la cristiana que se opone al Anticristo y que antes de la tiranía del Mal había aparecido con manto, cobertura mujeril, sí, pero también símbolo de los filósofos (p. 361 c). La causa es clara: los cristianos, en las postrimerías del mundo, han de hacer penitencia, mostrándose interna y externamente como penitentes. A su vez, la madre del Anticristo sale cubierta de pieles, como una

⁴⁵ Su sepulcro, por tanto, es un cenotafio, como anuncia el Anticristo (p. 363 a).

⁴⁶ Así lo había dicho antes a su madre:

Y para acreditar que es mi venida
Del Paraíso, en que mi engaño fundo,
Cual ves, de yerba me adorné tejida (p. 360 c).

rústica medio salvaje: es el medio de indicar que se avergüenza de sí misma y huye del trato con el mundo civilizado (p. 358 c)⁴⁷.

Un último detalle tomado de Maluenda: el Anticristo tiene, como todo hombre, un ángel de la guarda, aunque esta protección celestial de nada sirve a un monstruo de maldad. Así se lo echa en cara sin tapujos el profeta Elías:

En discernir los bienes de los males
Ninguno te aventaja y, aunque en vano,
Un custodio te inspira soberano (p. 364 b).

El inicio del imperio del Mal está señalado por el decurso de un cometa (“crinado”, precisa Alarcón, desconociendo al parecer que ya *kométes* significa ‘el melenudo’), que se muestra al oriente y “mira en opuesto cenit La Babilonia caldea” (p. 361 c). La luminaria, como siempre, pronostica “mudanzas de monarquías”, dando aliento a los judíos y amedrentando a los musulmanes (p. 362 a). Es el astro profetizado por la Sibila Cumea (p. 362 b), que equivale a la estrella que guió a los Reyes Magos: el Hombre de Perdición quiere siempre emular a Cristo.

El profeta Malaquías había predicho que en las postrimerías del mundo había de predicar al mundo el profeta Elías. Alarcón aprovecha el vaticinio para desdoblar en dos esta figura: además del profeta arrebatado al cielo, testigo y mártir de Cristo, introduce D. Juan en escena el personaje de un falso Elías (el pseudoprofeta de Acosta), un jefe de bandidos en Galilea que, prevenido en un sueño de la aparición del Anticristo, se convierte en su capitán general, haciendo cruda y victoriosa guerra a Egipto, Libia y Etiopía. Un espíritu infernal le da ciencia infusa y poderes sobrehumanos, permitiéndole volar por el aire y hablar lenguas. Este pseudoprofeta –y falsos Elías había habido muchos⁴⁸, y ello sin contar con la proliferación de pseudoprofetas en

⁴⁷ De pieles se recubrieron Adán y Eva (Gen. 3, 21), según Orígenes en señal de penitencia (cf. T. de Maluenda, *De Paradiso uoluptatis*, Roma, 1605, cap. LXXVII, p. 249ss). Así aparecieron en un auto representado en Tlaxcala en 1539 (Motolónia, *Historia de los indios de la Nueva España*, I 15, 152 [p. 66 de la edición de E. O’Gorman [nº 129 de la colección “Sepan cuantos...”, México, 1979]).

⁴⁸ De uno de ellos dio noticia Sulpicio Severo (cf. Juan de Horozco y Covarrubias, *Tratado de la verdadera y falsa profecía*, Segovia, 1588, f. 30v). A. de Remesal gustó de comparar al padre Las Casas con Elías (*Historia general de las Indias Occidentales*, V 4 [BAE 175, p. 343 a]); Gutiérrez de Santa Clara (*Guerras civiles del Perú*, I 2 [BAE 165, p. 152 b]) parangonó significativamente a Las Casas y Ladrada con Elías y Enoc, por “la mucha

el ocaso del mundo vaticinada por el propio Jesús (Matth. 24,23)-, enviado por el Anticristo a perseguir a los cristianos, es derrotado en los campos de Magedón y, perverso en su maldad, corre al fin la misma suerte que su jefe, al que permanece fiel hasta el final con lealtad digna de mejor causa: el monte de los Olivos, abriéndose, sepulta a los dos en las llamas del infierno.

El público está acostumbrado a los personajes femeninos, y Alarcón no puede prescindir de ellos al escenificar este drama tremebundo. Una mujer cristiana publica guerra sin cuartel al Anticristo. Su nombre, todo un símbolo, es Sofía, 'Sabiduría'. Despechado y a la par prendado de su belleza, el Anticristo, para mostrarle su poder, la deja muda, intentando plegarla por las bravas a su lascivia: es la única flaqueza humana que le queda al impío. Ella, pese a todo, sigue tenaz en su fe; incluso, habilidosa, da ánimos a su hermano y a otro acompañante por medio de señas y los reconforta aduciendo el texto de autoridades escritas, ya que no con palabras no puede. El Anticristo la encuentra a solas y, rendido de amor, le ofrece hacerla partícipe de su trono. Sofía, rompiendo entonces a hablar, se niega y, cuando el Anticristo intenta abrazarla, es salvada por la oportuna intervención del profeta Elías, que le encomienda ir a Sión, donde la mujer estará a salvo. Mientras, la pasión trastorna al Anticristo que, vencedor del mundo pero vencido por Sofía, no halla placer alguno en los brazos de tres bellas cautivas traídas de Libia, Etiopía y Egipto –los tres reinos dominados- ni se solaza tampoco con los cantares de los músicos. A punto está de renegar del demonio, cuando el propio Satán, enojado por la obcecación de su siervo, se presenta bajo la forma de Sofía y declara su amor al Anticristo. Éste, para gran espanto de los presentes, accede a los encantos demoníacos a sabiendas de que el fantasma no es Sofía: así lo ha indicado oportunamente a todos Elías el profeta, el gran aguafiestas; pero el Anticristo está decidido a pecar, cuanto más, mejor. Entretanto, la verdadera Sofía, que vive con mil cristianos en las grutas de Hermón y Tabor, se apresta como una heroína a la última batalla contra las huestes del Mal en los campos de Magedón, batalla que termina con la completa derrota de éstas gracias

edad y vejez que entrambos tenían" y, sin duda, por la fogosidad de sus prédicas. El soldado Miguel de Piédrola, que tuvo tintes de pseudoprofeta, también se las dio de Elías (cf. R. Kagan, *Los sueños de Lucrecia. Política y profecía en la España del siglo XVI*, Madrid, 1991, p. 117).

a la intervención del arcángel San Miguel. Habiendo puesto su pie sobre la cerviz del postrado Anticristo, Sofía le concede enseguida en libertad para que lo mate no ella, sino “el aliento sagrado”. El Anticristo aprovecha su magnanimidad para llevársela por los aires consigo a Jerusalén. Allí Sofía, que finge locura y acepta ser su esposa, arroja la corona ante la vista de todos los judíos, para mostrarles la verdadera condición del Anticristo, y sigue denunciándolo hasta que la mata el falso Elías, antes de perecer él mismo.

Tampoco puede faltar en la comedia un gracioso. Aquí desempeña ese papel Balán (el nombre está tomado de Balaam⁴⁹, el profeta veterotestamentario), un pastor judío que recibe la señal infernal de manos del propio Anticristo. Creyendo por ello tener poder para hacer portentos, Balán, de camino para Babilonia, se tira por un precipicio, como si tuviera alas, a fin de acortar camino, aunque lo único que logra es despeñarse y quedar perniquebrado. Este desengaño y su curación milagrosa gracias a la inteligencia de Sofía le hacen tornar a la fe cristiana. Por desgracia, en ese preciso momento el desventurado patán se topa otra vez con el Anticristo, que a fuerza de amenazas lo devuelve a su redil. Durante su permanencia como criado en la corte maligna el gracioso es testigo del desaforado comportamiento del Anticristo, desmesuras que ponen dudas en su corazón. Vacila Balán, titubeante en su fe, hasta el punto de llevar consigo un bonete judío y un sombrero cristiano, para ponérselos según la conveniencia. Terminan la indecisión y ambigüedad cuando Balán, reducido por un soldado cristiano y vencido por éste en una singular apuesta que lo deja calvo –la apuesta consiste en saber cuál de las dos religiones tiene más santos, quitándose el uno al otro un pelo por cada santo-, recibe las aguas del bautismo en el Jordán. Atrapado por los judíos, es sometido al tormento de las astillas (las *subungues* de las que había hablado Maluenda [p. 417]) y conducido a presencia del Anticristo, cuya falsedad demuestra gracias a su astuta cazurría. El Anticristo, irritadísimo, lo condena a muerte, sentencia que ejecuta Elías. Balán, parlero decidor de refranes⁵⁰, como Sancho, pone el contrapunto cómico a las tribulaciones que acontecen en la gran

⁴⁹ Al “profeta Balán” se refiere, p.e., Antonio de la Calancha (*Corónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*, p. 574 b).

⁵⁰ “Nunca fue decidor el cocinero” (p. 368 c).

tragedia cósmica. Así, el rústico llama al Mesías “Mejía” (p. 361 b) y confunde su nombre con “lejía” (p. 361 a); los músicos son para él “barbudos filomenas”, ‘barbudos rui señores’ (369 a); por virtud de la apuesta se hace de un golpe, en aparente antítesis, “cristiano y calvinista”, o sea, ‘calvo’ (p. 371 b).

8. *El Anticristo* atribuido a Lope de Vega

"Si este nuevo *Anticristo* es de Lope, habrá que decir que dormitó en él más que en ninguna ocasión de su vida, y por de contado suponerle muy anterior a la obra no perfecta, pero en algunos puntos magnífica y grandilocuente, y siempre de elevada y reflexiva inspiración, que dio al teatro el vate mejicano". Así dijo Menéndez Pelayo⁵¹, y es sentencia que en su primera parte suscribiría fácilmente todo el mundo; pero en lo de que sea "muy anterior" no creo que se pueda dar la razón el gran polígrafo santanderino.

La comedia es extraña y a veces desconcertante. La antigua y terrible saga había dejado a la figura del Anticristo un pequeño margen de evolución psicológica, del que todavía supo sacar algún partido Alarcón. Aquí no hay evolución que valga. En el monólogo inicial el Anticristo, que lleva por nombre Titán (Τείταν, o sea 666; según el autor, se trata de un “gentilismo”⁵²), se pregunta por su propia identidad, pregunta un tanto inútil, a decir verdad, que él mismo se apresura a contestar, disipando en un santiamén la aparente zozobra de su espíritu:

Sin duda
Yo soy el mismo Dios, pues una causa
Reconocen las causas más remotas,
Y esta causa he de ser, pues no hay alguna
Que se iguale al valer de mi fortuna (p. 425 b).

Su siguiente intervención vuelve a remachar lo mismo:

⁵¹ *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, Madrid, 1949, pp. 217-18.

⁵² Así lo dice Fabio:

Aqueste hombre que has visto
A quien Titán el gentil,
Llaman por nombre sutil
Los cristianos Anticristo
Y los judíos Mesías (p. 435 b).

Yo soy Dios, esto es sin duda;
 Que este valor, este aliento
 Si de Dios no fuera, ¿cómo
 Fuera de tan alto precio? (p. 427 a).

Como Dios se presenta sin vacilar el Anticristo al gracioso Baulín (p. 427 b) y a todos los demás hombres (p. 431 b, 432 a). Mas lo digno de advertir es que esta proclama atenta precisamente contra la esencia misma del Anticristo, que va encaramándose al poder de forma artera y paulatina, mostrándose primero como Mesías y después fingiéndose Dios. El autor pierde la oportunidad de trazar un perfil más comprensiblemente humano del Anticristo, al no introducir gradaciones ni matices en su maldad. La obra, en resumen, carece de la más elemental finura y penetración en el tratamiento no sólo del protagonista, sino de los demás personajes: todos cuantos aparecen en escena son meros estereotipos, desde Baulín hasta Luna y el príncipe de Babilonia.

Otra anomalía más. Los padres de la Iglesia habían hecho gran hincapié, como se ha visto, en negar la unión de las dos naturalezas, humana y diabólica, en la persona del Anticristo. Era éste un milagro que sólo podía haber acontecido una vez, y por supuesto en el verdadero Hijo de Dios. Nuestro autor, sin embargo, expone con el mayor desenfado la opinión contraria:

Desde el día que naciste
 Un espíritu perverso
 De los expulsos de Dios
 Se apodera de tu cuerpo;
 Que así como en Cristo había⁵³
 Dos naturalezas, siendo
 Hombre y Dios, en ti se han visto,
 Por ser contrario sujeto,
 Ser de hombre y [ser] de demonio,
 Y de mil demonios lleno,
 Como lo afirman los santos
 Y en los profetas lo vemos (p. 426 b).

⁵³ Así corrijo el imposible "Dios habrá" del ms.: "Cristo" es necesario no sólo por el sentido, sino porque de otra manera carecería de fuerza el "contrario sujeto" (Anti-cristo) que viene más abajo. Asimismo propongo la atetesis de "ser" unos versos después.

Que el demonio se apodera del Anticristo es notorio, pero ningún profeta y muy pocos santos -si es que lo fue Hipólito- han mantenido la extraña tesis aquí expuesta. La misma doctrina casi heterodoxa es sustentada por Elías:

Porque como en Cristo estaban
Juntas dos naturalezas
De hombre y Dios, porque eres ya⁵⁴
Un opuesto a su clemencia,
De hombre y demonio también
Otras dos en ti se encierran.

Y de tener dos naturalezas vuelve a gloriarse el propio Anticristo al afirmar que, gracias a su resurrección, su "parte humana" ha triunfado de la muerte (p. 448 a); ello equivale a reconocer que también hay en él una "parte divina".

Tercer motivo de extrañeza. Si las profecías hablan de una sucesión de feroces contiendas en las que arde el mundo entero, por el contrario en esta comedia, muy apacible para el tema tratado, no se libra guerra alguna. El Anticristo parece encontrar el camino allanado a su paso, y desde luego concede gentilmente a todo el mundo cuanto desea:

Yo doy hermosura a todos
Yo comunico el ingenio
A los viejos hago mozos
Satisfago los deseos (p. 430 a).

Felices y contentos, le rinden homenaje y adoración los embajadores de Persia, Alemania, Roma, Etiopía, Francia, España, la India y Escitia (pp. 440 b-442 a), enumeración de países en la que sorprende encontrar a España, excluida por Maluenda de las huestes demoníacas, tanto como ver llamada a Francia "cabeza de Europa" (p. 441 a). Asimismo le obedecen los gentiles (como el rey de Babilonia) y los judíos (como Luna). La resistencia cristiana comienza tardíamente y Gog y Magog, imprescindibles en la saga de las postrimerías, brillan por su ausencia.

⁵⁴ Menéndez Pelayo imprime "¿por qué herejía... se encierran?", con un "herejía" estragado y haciendo la frase interrogativa, innecesariamente. Mi conjetura ("heres ya" por "herejía") revela al menos el sentido originario.

Cuarta sorpresa. La acción tiene lugar en Babilonia (p. 449, 445), cuando se esperaría que la escena se desarrollase en Jerusalén, al menos en su parte final. De esta suerte queda justificada la aparición del príncipe de Babilonia (el gran rabino en Alarcón), sí, pero con la desventaja de arrinconar muy llamativamente a la Ciudad Santa, la capital escatológica por antonomasia. Contra la secuencia tradicional de los acontecimientos, el Anticristo confiesa triunfante en Babilonia:

De circuncidarme vengo
De la gran Jerusalén (p. 432 a).

En otros detalles la comedia sigue las tradiciones antiguas. Así, p.e., el Anticristo, que ve la luz en Babilonia (p. 426 a), tiene "villano nacimiento" y es "vil instrumento de aquella tribu de Dan" (p. 452 a). Como todos los hombres -y aquí el autor se contradice a sí mismo, al negar la hipóstasis antes aceptada de las dos naturalezas, divina y humana, en una sola persona- está bajo la tutela de un Ángel de la guarda (p. 426 a), que pronto sin embargo lo abandona a su suerte, pues sólo puede acompañarlo hasta que su protegido cometa el loco desvarío de llamarse Dios (430 b). Cuando los cristianos (Rufino, Lidoro) se ven conminados a recibir la señal de la Bestia, aparecen Elías y Enoc. El primero debate vivamente con el Anticristo, que se halla en la cúspide de su gloria, por lo que los dos profetas son condenados a muerte. El Anticristo, deseoso de recuperar su fama, finge haber muerto y resucitado al tercer día, para gran pasmo de todos los presentes. La descripción de su hazaña es una contrahechura, como siempre, de los verdaderos milagros de Jesús (el diablo es como un mono, no se cansaba de repetir Maluenda):

Yo descendí al infierno,
Donde perpetuamente
Han de ser castigados
Los que han sido rebeldes.
Saqué de allí las almas
Que han asistido siempre
Con la justa esperanza
Que han tenido de verme (p. 449 b).

Sus criados le presentan a Elías y Enoc ("pertinaces viejos") presos y el Anticristo trata de quebrantar su fe, inútilmente: sólo consigue que Elías le recuerde el tiempo brevísimo que le queda de vida (p. 451

a). Así, los dos profetas son conducidos al suplicio entre las lágrimas de dos niños, que lloran desconsoladamente su abandono e insultan a su despiadado verdugo, anunciándole que han pasado ya los tres años y medio que ha de durar su tiranía (p. 452 b, cf. p. 426 b). El Anticristo, ensoberbecido, deroga todas las leyes, aborreciendo por igual de Iglesia y Sinagoga. Cuando acude a ver los cadáveres de Elías y Enoc, éstos resucitan, convenciendo de falsedad al impío. El Hijo de Perdicción, imitando a los profetas, pretende subir en una nube al cielo, su "patria amada". En ese momento aparece un ángel (sin duda San Miguel) y lo hiere con una espada de fuego; ante el golpe el Anticristo "parecerá que se hunde en la tierra y el ángel se vuela" (p. 456 b).

La comedia tiene algunos detalles interesantes, tanto más interesantes cuanto son comunes al drama de Alarcón y permiten, a mi juicio, determinar cuál es la copia y cuál el modelo. El primero y más claro se refiere al linaje del Anticristo, que nace del mismo incesto que había imaginado el poeta mexicano. Así se lo echa en cara en la jornada tercera uno de los niños:

Pues tu madre ya sabemos
Como cosa manifiesta
Que fue mujer deshonestá
Y de tan viles extremos
Que con su⁵⁵ padre trató,
De quien fuiste concebido,
Y siendo padre y marido,
Un monstruo cual tú formó;
Y no contento tampoco
Del delito de tu padre
Has gozado de tu madre,
Negando a Dios como loco (p. 452, cf. p. 426 a).

En Alarcón el múltiple incesto es explicado por la madre del monstruo casi al comienzo de la acción. La misma escena, con idénticas razones, se repite en esta comedia, sin que para nada se hable de la infame unión entre madre e hijo en toda esa larga tirada. Tal revelación innecesaria, hecha muy al final de la obra, no tiene ni pies ni cabeza, y sólo se comprende a la luz de un modelo previo, que sin duda es el drama de Alarcón. Una reminiscencia más de la fuente

⁵⁵ Corrijo de esta manera el incomprensible "tu" que da el ms.

original se cuela inadvertidamente en la copia. El Anticristo según Alarcón da muerte a su madre, mas en la mencionada tirada -su única aparición en escena- la madre de la nueva comedia se vuelve a olvidar de hacer este reproche fundamental a su hijo. No anda tan desmemoriado el profeta Elías, que inopinadamente y en la segunda jornada espeta al Anticristo:

Tú, que mataste a tu madre,
Y con extraña violencia
Hiciste el cuerpo sepulcro
De su mísera tragedia (p. 446 a).

Una vez más la alusión desconcertante queda fuera de contexto y sólo se esclarece su porqué teniendo en cuenta la existencia de un precedente conocido.

Otro tema tomado del modelo alarconiano es el enamoramiento del protagonista. A la figura de Sofía corresponde en esta comedia el personaje de Luna, mujer que despierta asimismo una ciega y desenfrenada pasión en el Anticristo. Las semejanzas entre ambas mujeres terminan ahí: Luna, judía, acaba creyendo en el Hijo de Perdición y rindiéndose a sus encantos, mientras que Sofía, cristiana, no se deja engañar por los embelecocos diabólicos, permaneciendo firme en su fe. El autor anónimo complica más los amoríos, introduciendo en escena a un marido de Luna, el príncipe de Babilonia, cuyo triste sino es morir a manos del Anticristo. La justificación de este asesinato es banal:

¡Luna de mi vida!
Di muerte a tu esposo, porque quiero
Eternizar tu vida de esta suerte:
¿No ves que así te⁵⁶ libro de la muerte?

En ambas comedias juega un papel fundamental la imagen fantasmal como medio de lograr los deseos amorosos. En Alarcón es el demonio quien toma la apariencia de Sofía; aquí es el Anticristo el que aparenta ser el príncipe de Babilonia. Nuevamente nuestro anónimo autor es deudor de su modelo.

⁵⁶ Así enmiendo el "le" del ms.

El nombre del gracioso, Baulín, remeda claramente el Balán (Balaam) alarconiano⁵⁷, incluso con alguna reminiscencia velada: si el Balaam del Antiguo Testamento iba montado en una asnila (Num. 22, 22ss.), Baulín hace su primera entrada llorando la muerte de dos asnos (p. 427 a). La rústica ignorancia de Baulín le asegura, como a Balán, la salvación final. Sus chistes, burdos y groseros, no merecen mayor atención. Sólo hay que anotar que Baulín, al igual que Balán, tropieza y se equivoca al llamar al Anticristo: en vez de decir Titán se dirige a él como "señor Tristrás" (p. 450 a).

El Anticristo se sienta con tres mujeres (la india, la escita y Luna), cosa que no "parece bien" a la escita (444 a); de la misma manera el Anticristo de Alarcón busca solazarse con tres cautivas.

Por fin, las dos comedias rematan con una escena parecida: un resucitado proclama la verdad de Cristo y la falsedad de su contrario, contra lo que pretendía hacer el Anticristo, que queda así completamente burlado. En Alarcón quien habla es Eliezer, en su imitador Elías y Enoc.

En conclusión: no cabe duda, a mi juicio, de que el autor de esta comedia se propuso emular a Alarcón. Hubo de ser un versificador fácil, pero sin tener en modo alguno el genio de Lope, y eso que el Fenix, curiosamente, intentó sabotear la primera representación de *El Anticristo* de D. Juan, no sabemos por qué motivos fuera de la feroz inquina que los dos poetas se profesaban. Sobre la fecha en que se compuso este eco de la comedia alarconiana sólo cabe hacer conjeturas. Si se me permite, para terminar, manifestar una impresión, el primer monólogo que pronuncia el Anticristo "vestido de pieles", admirándose de su condición y doliéndose de su tormento, peor que el de Sísifo, me recuerda algo al monólogo de Segismundo, que lleva asimismo "traje de fiera" en *La vida es sueño* (cf. I 96), compuesta en 1635. Mas sobre impresiones no se fundan teorías.

Nada se sabe, al parecer, del auto de Calderón llamado *El Anticristo*, representado el 7 de junio de 1640⁵⁸. Si la noticia no se debe a un

⁵⁷ Ya B. Primorac ("Matizaciones sobre la figura del donaire", *Rev. Filol. Román.*, II [1984], 133ss. y "Luchas literarias y el estreno de *El Anticristo*", p. 174) señaló la correspondencia de Baulín con Balán, pero aceptando la primacía lopesca.

⁵⁸ Cf. H. Urzáiz Tortajada, *Catálogo de autores teatrales del siglo XVII*, Madrid, 2002, I, p. 196.

fallo de memoria de Pellicer, este tercer drama viene a demostrar de nuevo la popularidad del tema en la España del s. XVII.

* * *

Es hora de recapitular. No deja de ser sorprendente que, de los autores citados, al menos dos tuvieran relación estrecha con las Indias: Acosta vivió y Alarcón nació en el Nuevo Mundo. No creo que ello sea una casualidad. La actividad misionera imponía al predicador ciertos temas que por su efectismo causaban profunda impresión en el auditorio, dado que en un continente recién descubierto por el europeo, tan lleno de contrastes y paradojas, era menester aplicar remedios más fuertes para procurar la salvación de las almas. Este motivo fue determinante a la hora de elegir el tema de los sermones, como hemos visto en el caso de Acosta. A estos acicates se añade el teatro de evangelización, que persiguió idénticos fines. No pocas veces se escenificó en el Nuevo Mundo el devenir de los últimos tiempos, un argumento que, por su fuerza dramática, conmovía a blancos y a indios por igual. En 1533 los franciscanos representaron en el Colegio de Tlatelolco *El Juicio Final*, un drama escrito en náhuatl que dejó maravillados durante muchos años a los mexicanos que presenciaron la destrucción del mundo, hecha a lo vivo gracias a oportunos estallidos de pólvora y probables derrumbamientos de los edificios y rocas del decorado⁵⁹; en la trama tenía un breve papel el Anticristo, así como una mujer, Lucía, condenada a las llamas por bigamia, que era azotada y arrojada al infierno por los demonios. En 1535 se volvió a poner en escena otro *Juicio Final*, el de fray Andrés de Olmos, pero ya en México y en presencia del virrey Mendoza y fray Juan de Zumárraga, con el fin de que los españoles abandonaran el pecado y las mujeres de mal vivir, "movidas de temor y compungidas", se convirtiesen a Dios⁶⁰. Otra vez más se tornó sobre el tema en

⁵⁹ Cf. O. Arróniz, *Teatro de evangelización en Nueva España*, México, 1979, p. 19ss. Las representaciones sobre el Anticristo se solían hacer durante el Medievo en el Adviento (cf. K. Langosch, *op. cit.*, p. 249).

⁶⁰ J. Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, V 34 (BAE 261, p. 178a); Arróniz, *op. cit.*, p. 37.

1539, actuando 800 aztecas que verosíblemente eran al mismo tiempo espectadores, como sugiere Arróniz⁶¹.

En el Corpus de 1539, con motivo de la paz de Cambray entre Francia y España, el argumento escogido por los tlaxcaltecas fue la toma de Jerusalén. Ahora bien, esta conquista mítica era justamente el acontecimiento que abría de par en par las puertas a la aparición del Anticristo. Es probable que en este caso hubiese modelos medievales. Conviene recordar que el *Ludus de Antichristo* se componía de dos partes: a la dominación del mundo por parte del emperador de Alemania seguía sin solución de continuidad la tiranía del Hijo de Perdicción. Siete reyes aparecían en escena, en figuración de los cuatro puntos cardinales: el rey de Jerusalén (Oriente); el emperador romano, el rey de Alemania y el rey de Francia (Occidente); el rey de Grecia (Norte) y el malvado rey de Babilonia (Sur). En el auto de 1539 las tropas cristianas procedían de España, Alemania, Italia y el Nuevo Mundo y en el real se presentaban el emperador y los reyes de Francia y de Hungría; a Jerusalén, bajo el mando de un sultán, la socorría gente de Judea y de Siria⁶². Los siete reyes se reducen aquí a cuatro y los cuatro puntos cardinales a dos: Oriente y Occidente, siempre antagónicos desde los lejanos tiempos de Heródoto, para quien la Historia universal era una lucha perpetua entre Europa y Asia. La trascendencia escatológica de la representación estaba marcada por la tríada de santos que acudían en socorro de los cristianos: la presencia de Santiago y San Hipólito estaba cantada, por ser los patronos de españoles y mexicanos respectivamente; pero al final salía a dar ánimos a las fuerzas maltrechas de los cruzados el propio arcángel San Miguel, en el próximo drama cósmico el debelador del Anticristo. La conquista de la Ciudad Santa, tan presentida entonces, convertía a Carlos V en emperador de los últimos días. El pasado, el presente y el futuro se aunaban en esta grandiosa síntesis de la Historia universal a la que, por obra y gracia de los franciscanos, se habían incorporado ya los indios, hasta entonces ausentes de la escatología occidental⁶³.

⁶¹ *Op. cit.*, p. 40ss

⁶² La narración del auto, escrita por un franciscano anónimo, la insertó Motolinía en su *Historia de los indios de la Nueva España*, I 15, 156ss. (p. 67 de la edición de E. O'Gorman citada).

⁶³ Arróniz, *op. cit.*, p. 63ss.

Sin duda en el Perú pasó algo por el estilo desde los primeros tiempos, aunque en este caso la constancia documental sea de época más tardía. En efecto, sólo en 1599 -la fecha es otra vez llamativa- los jesuitas representaron en el Colegio de San Pablo de Lima la *Historia alegórica del Anticristo y el Juicio Final*, haciendo alarde de una efectista tramoya, en la que no faltaron incluso calaveras de verdad y momias indias para dar mayor realismo al lúgubre osario del Valle de Josafat⁶⁴.

Este largo acostumbramiento a representaciones bíblicas de teatralidad inusual explica, según creo, el origen tanto de la obra teológica de Acosta (emulada después por Maluenda) como de la comedia de Alarcón. Es, pues, un viaje de ida y vuelta el que aquí propongo para explicar el interés absorbente por la figura del Anticristo, antes tocada generalmente de refilón, interés que revelaría, por tanto, no el influjo del pensamiento español sobre las Indias, sino el reflujó del medio cultural indiano sobre España.

⁶⁴ Cf. G. Lohmann Villena, *El arte dramático en Lima durante el Virreinato*, Sevilla, 1945, pp. 73-74.